

JÓVENES QUE INSPIRAN

Testimonios de liderazgo y superación



Por la niñez en Ecuador

CRÉDITOS



Directora Plan International Ecuador

Rosanna Viteri

Líder de Programas

Catalina Vaca

Gerente de Comunicación

Andrea Durango

Asesora de Género

Anahí Almeida

Coordinación

Manuela Mina

Fotografía

Luzmarina Sono

Concepto

Clic Creativos

info@clic-creativos.com

Entrevistas y redacción

Liz Briceño

Pablo Torres

Corrección de estilo

Verónica Vacas

Diseño y maquetación

Camilo Ramírez

ISBN: En trámite

Nota de descargo:

Las opiniones ofrecidas en este documento son responsabilidad de sus autores y no reflejan la posición oficial de Plan International ni de ninguna de sus filiales a nivel mundial.

Publicado por Plan International. Todos los derechos reservados.
Quito, Ecuador, 2021



ÍNDICE



• Presentación	3
• Introducción	4
• Historias de vida de líderes y lideresas ...	7
• Jessenia	8
• Samya	13
• Erika	19
• Luisa	23
• Klever	26
• Yadira	30
• Nohelia	33
• Nataly	37
• Josselyn	40
• Angee	43
• Axel	48
• Sandra	51
• María	54
• Mirelys	57
• Shirley	60
• Lady	63
• Joel	66
• Conclusión	71



Plan Internacional es una organización dedicada a luchar por los derechos de la niñez y la igualdad para las niñas, su presencia en Ecuador cuenta ya con seis décadas. Para cumplir su propósito, lleva adelante iniciativas que cambian la vida de niñas, niños, adolescentes y jóvenes, sus familias y comunidades.

Esta publicación narra esas historias de cambio honrando a sus jóvenes protagonistas, 14 de ellas mujeres y tres de ellos hombres, al proceso duro y lleno de obstáculos por el que pasaron para lograr dar otro rumbo a sus vidas, aquel que se plantearon o soñaron. En las siguientes páginas, a través de testimonios, se muestra cómo estas y estos jóvenes definieron sus sueños y el camino que siguieron para avanzar en su proyecto de vida. Habla también de las dificultades y, sobre todo, que aún están en el camino.

Nuestro agradecimiento sin límites a quienes generosamente decidieron compartir sus vivencias brindándonos lecciones de valentía, resiliencia, pero también de alegría y amor por la vida, y mucho más.

Es una gran satisfacción para Plan Internacional Ecuador compartir con ustedes, nuestras y nuestros lectores, las experiencias de liderazgo y de transformación de 17 jóvenes. Estas historias nos hablan del liderazgo inclusivo, horizontal y participativo. Liderazgo cuyo éxito está en juntar sinergias y voluntades hacia un objetivo; aquel que contribuya al bienestar común, que fortalezca el tejido social y que promueva el desarrollo de la niñez y juventud en nuestro país.

Les invito a disfrutar y reflexionar sobre estas historias de vida que revelan una frescura envidiable; así como, un contundente testimonio de que el logro de nuestros anhelos es posible, aún en las más difíciles circunstancias.



ROSSANA VITERI
Directora Plan Internacional Ecuador



INTRODUCCIÓN



En las últimas décadas, sobre todo desde que el Ecuador ratificó la Convención sobre los Derechos del Niño (1989), las condiciones de vida de muchos niños y niñas mejoraron de manera significativa. Los avances más importantes están vinculados a la disminución de la mortalidad infantil¹, el acceso a la educación básica² y a la salud. En el ámbito legal se han dado importantes avances en la aprobación de leyes para garantizar sus derechos y protegerlos del trabajo infantil y la violencia, entre otros.

A pesar de estos logros, aún enfrentamos retos importantes en varias áreas, las principales son: la calidad de la educación, los alarmantes niveles de violencia³ y discriminación y la limitada participación de niñas, niños y adolescentes en decisiones que les afectan. Todas estas problemáticas se han profundizado a causa de la pandemia del COVID-19. 24 760 niñas, niños y adolescentes han tenido que dejar de estudiar⁴ porque solo el 38 % de hogares en el Ecuador accede a internet⁵. El 911 recibe una llamada por violencia cada cinco minutos y los fines de semana, una cada tres minutos⁶. Se han reportado 15 casos de femicidio de

niñas y adolescentes, seis de ellas tenían menos de cinco años⁷.

Esto evidencia que el compromiso de garantizar una vida digna para todas las niñas y los niños no ha logrado calar lo suficiente en la sociedad para cambiar sus normas y comportamientos en la medida requerida. Esta es la razón por la que Plan International Ecuador sigue trabajando por un mundo justo que promueva los derechos de la niñez y la igualdad de las niñas, porque ellas (las más empobrecidas, indígenas, afrodescendientes, con discapacidad, de zonas rurales o que habitan en los márgenes de las ciudades) son las principales afectadas por la desigualdad y la violencia.

Desde edades tempranas, las niñas aprenden los roles que deben cumplir porque se les asigna gran parte del trabajo doméstico y de cuidados; en los sectores en mayor condición de vulnerabilidad, desde los cinco años⁸. Legalmente, el trabajo doméstico no remunerado es trabajo infantil; pero las familias, la sociedad, e incluso las niñas y mujeres, lo perciben como ayuda o responsabilidad natural, obviando que esta actividad y ellas, sostienen la economía familiar, la

¹ INEC. (2018). Mortalidad infantil: 21,8 por cada mil niñas/os nacidas/os en 1990; 9,7 en 2018.

² ENEMDU. (2016). 97 % hasta los 10 años de educación básica.

³ Observatorio Social del Ecuador. (2018). Situación de la niñez y adolescencia en Ecuador. Una mirada a través de los ODS, evidencia que el 38 % de niñas, niños y adolescentes han sufrido algún tipo de maltrato extremo.

⁴ Diario Expreso. (2020). La pandemia deja a más de 24 000 niños sin estudiar.

⁵ UNICEF Ecuador. (2020). COVID-19: Cómo asegurar el aprendizaje de los niños sin acceso a internet.

⁶ UNFPA Ecuador. (2020). Entrevista a la Mg. Cecilia Chacón Castilla, Recuperado de:

<https://ecuador.unfpa.org/es/news/%E2%98%9Ccada-5-minutos-se-registra-1-llamada-la-l-9%C3%A9nea-de-emergencia-911-por-violencia-basada-en-g%9C3%A9nero>

⁷ CEPAM. (2020). Femicidios 2020.

⁸ Plan International Ecuador (2014). La realidad del trabajo doméstico de niñas y adolescentes en Ecuador



del país (20 % del PIB)⁹ y, sobre todo, la vida misma. Su imposición determina el rol de servicio y sumisión que ejercen las mujeres a lo largo de sus vidas y mientras más tiempo dedican a estas actividades, que demanda su fuerza laboral y afectiva, disminuyen sus oportunidades de estudiar, jugar, participar y organizarse.

La violencia sexual atraviesa las experiencias de vida de muchas niñas en Ecuador. Esta es una de las vulneraciones más graves y de los ejercicios de poder más crueles hacia ellas. Cada día, siete niñas menores de 14 años dan a luz, la mayoría son casos de violación en los entornos más cercanos, el 65 % por familiares¹⁰. Asimismo, somos el segundo país de la región con el índice más alto de embarazo en adolescentes¹¹. El embarazo es una de las razones principales por las que las adolescentes se ven obligadas a enfrentar uniones tempranas forzadas que, en su mayoría, resultan en embarazos subsecuentes, reproducen círculos de violencia e impiden la autonomía socioeconómica.

Estos datos demuestran que la sociedad ha normalizado y legítima la violencia de género desde la niñez, convirtiéndola en un hecho inherente a la condición de mujeres, y dificulta que las niñas puedan identificar, prevenir y responder a la violencia a lo largo de sus vidas. Si el círculo de la violencia no se rompe, se repetirá en muchas de sus relaciones interpersonales, si no es en todas. Es así que, en el país, se reporta un femicidio cada tres días, perpetrado, en su mayoría, por parejas o exparejas¹².

Para cambiar esta realidad, es necesario y urgente romper con los patrones socioculturales patriarcales que

determinan que los derechos y las vidas de las niñas son menos importantes. Por ello, nuestro objetivo es brindarles todas las herramientas que necesitan para fortalecer su autoestima, cuestionar las normas de género y ejercer y exigir sus derechos durante todo su ciclo de vida. Es así que nuestros proyectos buscan que las niñas crezcan en entornos saludables y seguros donde la crianza es una responsabilidad compartida con los padres/hombres; listas para enfrentar y recuperarse de una crisis (personal, social y/o natural); que conozcan y ejerzan sus derechos para tomar decisiones informadas sobre su sexualidad y prevengan el embarazo en la adolescencia, que participen en todos los espacios donde se toman decisiones como ciudadanas organizadas y que alcancen su autonomía socioeconómica a través de promover su educación, el ahorro, el empleo y los emprendimientos.

Este libro recoge, precisamente, las experiencias de empoderamiento, resiliencia y liderazgo de las niñas, niños y adolescentes quienes han participado en estos proyectos. Sus maneras diversas de ser y hacer nos brindan grandes aprendizajes porque cuestionan la idea tradicional de liderazgo, hostil y violento, y la replantean en términos de trabajo comunitario, solidaridad, justicia social, igualdad de género y alegría¹³. Estos principios, aprehendidos de ellas y ellos, configuran la noción de liderazgo participativo y horizontal que guía el accionar de Plan International a nivel global.

Las lideresas, a quienes conocerán en las siguientes páginas, están redefiniendo lo que significa ser mujeres, luchando contra la violencia y ejerciendo su ciudadanía

⁹ INEC. (2019). Cuentas Satélite del Trabajo No Remunerado de los Hogares 2007-2015.

¹⁰ Observatorio Social del Ecuador (2018). Situación de la niñez y adolescencia en Ecuador. Una mirada a través de los ODS.

¹¹ Ídem.

¹² EPAM. (2019). Recuperado de: <https://www.ecuavisa.com/articulo/noticias/nacional/500086-ecuador-cada-72-horas-se-comete-femicidio>

¹³ Plan International; Instituto sobre Género en los medios Geena Davis. (s.f.). Taking the Lead. Girls and young women on changing the face of leadership (realizado en 19 países con la participación de 10.000 adolescentes y jóvenes mujeres).





activa para construir, en colectivo y con base en el cuidado personal y de las otras y otros, un mundo justo para sí mismas, sus pares y sus comunidades. Los líderes, desde su lado y en diálogo constante, están reflexionando sobre el impacto positivo de la igualdad en la vida de sus compañeras y en las suyas; y construyendo masculinidades positivas que no ejercen violencia y se comprometen a erradicarla.

Para nosotras y nosotros es fundamental honrar los

caminos que han recorrido, de la mano de organizaciones de base, reconocer sus logros, priorizar sus voces, respetar sus decisiones y comprometernos con sus demandas. Creemos, con firmeza, que cuando las niñas y adolescentes aprenden, lideran y deciden, se vuelven protagonistas de sus vidas y reescriben su historia con justicia e igualdad. Cuando esto sucede, prosperan y, con ellas, sus familias y comunidades. Les damos la bienvenida a este *collage* de voces llamado “Jóvenes que Inspiran”.





HISTORIAS DE VIDA DE LÍDERES Y LIDERESAS

Plan International ha trabajado por el bienestar de los niños y niñas en todo el Ecuador durante 60 años. Hemos vivido de cerca historias fascinantes de superación, hemos visto romperse muchos círculos viciosos de pobreza y violencia, hemos tenido el privilegio de ser testigos de muchas vidas cambiadas. A continuación, compartimos algunas de estas historias de cambio que consideramos representativas de las iniciativas que hemos llevado a cabo, y en las que se podrá ver el proceso de crecimiento, despertar y orgullo de los protagonistas.

Los testimonios han sido recogidos a lo largo del país donde la Organización tiene incidencia y se presentan según un orden geográfico de Sierra y Costa.





Jessenia

En 2009, en mi comunidad, cerca de Guamate, era normal que en las mingas comunitarias las mujeres marcaran “media raya”, es decir media asistencia. Las mujeres debían trabajar dos días para completar una asistencia, cincuenta por ciento más que los hombres. En las reuniones comunitarias solo había asientos para los hombres. Yo tenía nueve años, era muy tímida y no me daban la oportunidad de decir las cosas que pensaba.



En ese entonces creía que la vida era un ciclo y que iba a repetir la historia de mis padres, que terminaría la escuela e iría a trabajar para generar un ingreso familiar, porque donde vivo las familias son numerosas por falta de planificación y educación sexual. Tal vez hubiese tenido el mismo destino que muchas chicas de mi comunidad que se casaron y tuvieron hijos a temprana edad.

Mi forma de ver el mundo y mi realidad cambiaron cuando mi papá fue elegido parte de la directiva de mi comunidad. Los técnicos de Plan International Ecuador hablaron con los dirigentes, entre ellos mi papá, y los invitaron a enviar a los más pequeños al poblado aledaño para hacer capacitaciones de radio. Éramos unos veinte o treinta niñas y niños. Todos los viernes, al salir de la escuela, nos reuníamos en el centro de la comunidad para ir a las prácticas. Caminábamos treinta minutos para llegar. Ahí recibimos talleres y producíamos cuñas radiales. Al mismo tiempo, aprendíamos de liderazgo, equidad de género y medioambiente. A las cuatro y media de la tarde retornábamos a nuestras casas. Caminábamos otra media hora, todos de la mano, nadie se quedaba atrás y todos éramos felices porque sabíamos que de algún modo lo que estábamos haciendo daría frutos. Además, explorar la comunidad vecina significó darnos cuenta de que ¡el mundo era muy grande y a nosotros nos faltaba muchísimo por descubrir!

Lo que aprendíamos en los talleres lo transmitíamos en las reuniones comunitarias y les hacíamos escuchar nuestras producciones. Desde ahí, las cosas cambiaron en mi comunidad y, en las mingas, un día de trabajo de las mujeres valía lo mismo que uno de los hombres. Ahora se respetan y delegan oportunidades a las mujeres, para que podamos expresarnos libremente y sin miedo.

Para 2011 formaba parte del Movimiento Por Ser Niña e iba a los talleres con chicas de otras provincias. Quien nos capacitaba vio en mí a alguien que siempre estaba atenta a

las necesidades de los demás y aportaba a la campaña no solo con ideas, sino que sabía transmitir lo que pasaban las niñas indígenas, quienes por ser indígenas, pobres y niñas sufrimos triple discriminación. Así que un día me propusieron participar en un concurso para viajar al Foro Mundial de Madrid y representar a las niñas indígenas, y yo acepté.

Para el proceso de selección viajé, junto con mi papá, a las oficinas de Plan International en Riobamba, donde un representante de esta organización en España habló conmigo. Le conté que desde que tenía cinco años, hasta los ocho, tuvimos que migrar con mi familia a Cuenca, porque nuestra situación económica era complicada en la comunidad, y que entonces tuve que asumir ciertas responsabilidades que me hicieron madurar rápidamente. Sin embargo, tuve suerte de que mis padres me llevaran con ellos, porque muchos niños de mi comunidad se quedaban a cargo de sus hermanos mayores o familiares.

De regreso a mi comunidad enfrenté otras situaciones como que para ir al colegio tenía que caminar cuarenta minutos de ida y otros cuarenta de regreso, y que en el trayecto muchas veces me sentía insegura porque era acosada por personas que transitaban por ahí.

Tras terminar la conversación y esperar un momento, el representante de Plan International España me dijo que me esperaba en Madrid con los brazos abiertos. Durante la semana que estuve en Madrid tuve algunas entrevistas en radio y televisión; como ya estaba acostumbrada a los micrófonos de la comunidad vecina, para mí no representó un gran esfuerzo hablar con los periodistas. Me sentía cómoda porque sabía que lo que decía era la realidad, que nada me estaba inventando, que era lo que nosotros sufríamos y pasábamos aquí en el campo. Cuando llegó el día del evento más importante, me vestí con la mejor ropa que me mandó mi mamá y los zapatos que considerábamos más apropiados para ese evento. Respiré





profundo porque sabía que ese día iba a lograr algo importante para las niñas del país. Gracias a esas personas y a los empresarios que estuvieron ahí, pudimos traer becas para niñas y apoyarlas económicamente para que siguieran con sus estudios.

Sin duda esta experiencia marcó mi vida y fue la puerta para que años después me atreviera a postularme al programa Jóvenes Embajadores. Me enteré de esta convocatoria una tarde que regresaba de clases, cuando estaba en primero de bachillerato. Un técnico de Plan International había pegado en la ventana de la tienda de mi mamá un folleto donde invitaban a participar a aquellos que cumplieran con ciertos requisitos: tener buenas calificaciones, ser líderes, haber apoyado a cambiar su comunidad y proponer un proyecto comunitario.

Así, cogí lápiz y borrador, y llené las hojas de la aplicación.

En esa ocasión mis amigas y profesores también fueron un puntal importante para desarrollar mi proyecto. Poco a poco llené el formulario con la ayuda de todos y finalmente lo enviamos. Unos días después, mi papá consiguió un número de teléfono al que podíamos llamar para preguntar sobre el proceso. Al otro lado del teléfono le dije que habían recibido setecientas aplicaciones, que aún no se cerraba la convocatoria y que iban a seleccionar solo a quince jóvenes.

Unos días después fui al ciber de mi comunidad para hacer una tarea y cuando revisé mi correo vi uno de alguien de la embajada que me decía que había sido preseleccionada para una entrevista. Regresé lo más rápido que pude a mi casa y les conté a mis papás. Todos saltamos de la emoción porque, aunque no era seguro, era un pasito más.

A la Embajada de Estados Unidos en Quito fuimos dos





chicas de mi cantón, junto con nuestras mamás y un representante de Plan International. Recuerdo que la entrevista fue muy bonita y me fue bien porque pude hablar en kichwa, mi lengua materna. Les conté sobre mi proyecto comunitario y lo que quería lograr. Se impactaron con mi historia, pues desde pequeña fui la portavoz de aquellas niñas que no se han expresado por miedo. Dos semanas después, una representante de Plan International me llamó y me dijo: "Jessenia, vas a ir un mes a Estados Unidos, alista tu maleta".

La emoción fue tan grande que no sabía qué hacer, cómo responder, parecía tan imposible... Antes del viaje conocí al resto de jóvenes que fueron seleccionados y fue bonito saber que había más personas que se preocupan por cambiar la comunidad, el cantón y el país; que había muchísimos más jóvenes que tienen el mismo pensamiento de transformar nuestras vidas.

Mi primera parada en Estados Unidos fue Houston, Texas. Ahí conocí a mi familia anfitriona. Mi mamá era de Honduras y mi papá de Los Ángeles, por lo que el idioma no fue una barrera. Me trataron como a su única hija, me consintieron en todo momento. Les agradezco porque, aunque no sabían quién era yo, siempre tuvieron su corazón abierto a conocerme. Aprendí que, de algún modo, todos estamos aquí por algo, y entendí que siempre podemos ser mejores personas, para cambiar nosotros y también a nuestras familias.

Durante las mañanas me reunía con el resto de los Jóvenes Embajadores y aprendíamos a implementar nuestro proyecto comunitario, cómo expresarnos con diferentes públicos, cómo ser mejores líderes y apoyarnos unos a otros. También nos enseñaron a escuchar a las personas, las necesidades que tienen, porque no todos vivimos la misma realidad en nuestros hogares. Y, además, entendí la

importancia de apoyar a los niños, a tenerlos siempre en cuenta, a verlos como individuos especiales y genuinos.

Al regresar a mi comunidad implementé mi proyecto, llamado Manitas Creativas, con el que ayudamos a los niños a desarrollar su motricidad fina y gruesa, porque tenían mala ortografía y problemas al momento de escribir; también les hacíamos un acompañamiento de tareas dirigidas, para reforzar sus conocimientos, y les enseñábamos kichwa e inglés. Hacíamos caballitos tejidos, con botellas recicladas, que vendíamos como artesanías para recaudar fondos. En mi comunidad hay problemas de malnutrición y los niños tenían hambre, por lo que utilizábamos el dinero que recaudábamos para darles refrigerios que preparaban las mamás.

A veces me parece que mi vida se ha ido tejiendo junto a los programas de Plan International. Así fue como, tras tomar un programa comunitario para administrar el dinero (Aflatoom), encontré mi vocación: estudiar Administración de Empresas; ahora estoy en cuarto semestre de la universidad con el apoyo de una beca de Plan International Holanda. También lidero un proyecto de apicultura junto con otros jóvenes de mi comunidad: cultivamos miel para venderla. Además, bajo la responsabilidad de los padres, damos créditos a niñas y niños que requieran comprar útiles escolares, pues muchos se han quedado sin estudiar por no tener este recurso, pero nosotros sabemos de la importancia de la educación y queremos colaborar de algún modo.

Ahora tengo veinte años y mi forma de ver el mundo sigue cambiando. No solo soy una mujer independiente, sino que he podido alzar la voz por las niñas que están en proceso de descubrirse a ellas mismas, y visibilizar lo que somos capaces de lograr si somos valientes y empoderadas.





Samiya

Mi nombre es Samia, que en kichwa significa 'eternidad'. Mis padres me pusieron este nombre porque siempre han tenido como filosofía de vida la cosmovisión andina. En mi casa nos han inculcado esta forma de ver el mundo. Mi padre nos contaba que antes de la invasión española todo el trabajo era realizado equitativamente entre hombres y mujeres. Pero las cosas no siempre funcionan como decimos. A veces influyen más los



patrones culturales y las circunstancias. Pese a que mi papá fue el impulsor de estos temas en mi comunidad y mi mamá ha liderado una fundación de la misma línea, por muchos años tuve que hacer trabajo infantil doméstico.

Soy la segunda hija de siete hermanos, y la primera mujer. Cuando tenía siete años nació mi única hermana, Nisa. A los ocho mi papá comenzó a presentar síntomas de una enfermedad digestiva grave, por lo que mis padres empezaron a ausentarse de la casa paulatinamente. Como no teníamos familiares que vivieran cerca, yo comencé a cuidar de mis hermanos un día a la semana. Sin embargo, la situación de mi papá empeoraba y mis papás tuvieron que trasladarse a vivir a Guaranda para realizarle un tratamiento; por lo tanto, tuve que asumir el cuidado de mis hermanos, hasta el punto de convertirme en una segunda madre para los menores, que apenas eran unos bebés. Irpa tenía cinco meses y mi hermana, alrededor de dos años. Muchas veces debía engañarlos para explicar la ausencia de mis padres y, además, era mi responsabilidad cocinar, lavar, barrer y limpiar.

Las mañanas eran particularmente difíciles, porque al levantarme tenía que realizar todas las actividades que mi mamá hacía antes de mandarnos a la escuela. Al terminar los quehaceres y vestirme, mis hermanos y yo salíamos a estudiar. A los más pequeños, Irpa, Nisa y Kapak, los dejábamos en el CIBV (Centro Infantil del Buen Vivir).

A mi corta edad ya tenía muchas cosas que hacer. Mi tiempo para jugar y ser niña dejó de existir. Esto me daba iras, me enojaba y me peleaba con mi papá: "¿por qué hago solo yo?, ¿por qué no hacen mis ñaños también?". Siempre protestaba y no me cansaba de repetirle lo mismo, porque en el fondo sabía que algo no estaba bien. Vivir esa realidad me dolía mucho.

Mi mamá, por su parte, me decía que como mujeres tenemos que aprender de todo, porque no sabemos de qué vamos a vivir en el futuro, y yo compartía su forma de

pensar. Por eso, desde niña, me decía: "sí, tengo que aprender a cocinar, a lavar bien, a arreglar el cuarto, a tejer...". Sin embargo, en un punto se empezó a volver un trauma pensar que hoy me tocaba cocinar, mañana también y pasado igual.

Cuando crecí un poco más, fui capaz de reclamar a mi padre con más argumentos: "¿por qué solo yo tengo que cocinar? Mi hermano es mayor, él también tiene manos para hacer", pero seguía sin ver mayores resultados. De todas formas, estaba convencida de que lo que me pasaba era injusto, así que decidí que mi hermanita menor no repetiría mi historia, ella disfrutaría de su infancia.

También me peleaba constantemente con mis hermanos hombres, para que compartiéramos los quehaceres domésticos, para que llegáramos a acuerdos entre nosotros: "¿por qué no me ayudan si somos iguales?". A veces, incluso, lloraba frente a ellos, diciéndoles que estaba cansada de hacer las cosas sola, hasta que finalmente fueron flexibles y comenzaron a ayudarme.

Desde entonces mi vida comenzó a transformarse. Mi hermanita de cinco años jugaba a las muñecas y yo jugaba con ella, porque a mis 12 mi forma de ver el mundo aún era la de una niña. Así comencé a conquistar más espacio para jugar con mis otros hermanos, y a los 13 años empecé a disfrutar lo que no había vivido de pequeña. Mis 14 fueron importantes porque ahí vi que mis hermanos me comprendieron y eso fue alentador. A pesar de mi lucha y de mis victorias, aún no podía ponerle un nombre a todo lo que había vivido. Eso sucedería tiempo después.

Durante estos años, mi papá me apoyó para que asistiera a una escuela de música en Guaranda, donde aprendí a tocar la viola y participaba en una orquesta. Creo que le debo mucho a este instrumento porque mediante la música encontré una forma de desenvolverme, de expresarme libremente, no solo como niña, sino como mujer kichwa, que pertenece a una cultura y tiene un pasado.





La música también me ayudó a perder el miedo al público, a las personas que me miraban y a cumplir una meta que tuve desde niña. Cuando éramos pequeños, con mis hermanos dibujábamos en las paredes de la casa lo que queríamos ser de grandes, lo que nos gustaría lograr, y anotábamos las fechas importantes. Uno de esos sueños era viajar a otros países y conocer a otras personas. Curiosamente, una vez llegó una convocatoria del gobierno de Bélgica a la escuela de música: nos invitaban a tocar en su país para dar a conocer nuestra cultura. En la orquesta éramos alrededor de 50 personas y solo podrían ir 12. El proceso de selección fue

exigente y para mí era un poco más difícil, porque, por ser mujer, tenía que ayudarle a mi mami en las tareas del hogar. Por las mañanas iba al colegio, al regresar estudiaba un poco, en la tarde iba a clases de música y llegaba por la noche. Los fines de semana iba a trabajar al campo y se me hacía difícil practicar y estudiar. Mi mami siempre me decía que le pusiera empeño a las cosas que quiero hacer y que hay que buscar tiempo de donde sea. Me esforcé mucho por ganar esa beca y viajar, practicaba cuando tenía un poco de tiempo en mi casa y otras veces iba al conservatorio antes de las clases para ensayar.





El proceso de selección duró un mes, y finalmente me escogieron. Lo primero que sentí fue miedo a lo desconocido, pero unos segundos después sentí una gran felicidad, que se duplicó cuando supe que mi hermano Yuki también iría.

Tras cumplir ese sueño, la viola me tenía preparada otra sorpresa, un año más tarde: viajaría a Estados Unidos con mi hermano Shiri. El proceso de selección fue similar al de Bélgica y quedé elegida, pero renuncié a mi lugar para brindarle la oportunidad a mi hermano, para que viera el mundo desde otra perspectiva. Sin embargo, repentinamente se abrió una nueva plaza y me seleccionaron para que me uniera a la gira. En aquella época, mi familia atravesaba dificultades económicas, eran tiempos muy duros, así que mis padres hicieron un esfuerzo muy grande para mandarnos de viaje. A pesar de que ganamos la beca, que cubría prácticamente todo, para nosotros era muy difícil pagar nuestro equipaje y otros gastos. En ese momento me di cuenta de lo que es el estatus económico de cada familia. En la orquesta, nosotros éramos de los que menos recursos económicos tenían: cada uno viajó con USD 50 para un mes, que solo nos alcanzaban para comprar agua y cosas similares.

Ese mismo año mi vida dio otro giro, cuando una técnica de Plan International le comentó a mi mamá sobre una Escuela de Liderazgo en la que me invitó a participar. En ese momento, todas las piezas de mi vida comenzaron a encajar, con una frase muy sencilla: "activa la igualdad". En esa Escuela, escuchaba los testimonios de vida de más chicas, los contrastaba con el mío y así me di cuenta de que en mi infancia había sufrido trabajo infantil doméstico y que a veces aún me pasaba. Paulatinamente, fui sembrando una nueva forma de pensar sobre mi familia, tomé consciencia de mi pasado y pude cambiar mi entorno, decir: "no más, ya no quiero sufrir violencia". Una de las cosas que rescato de los talleres es que aprendí a expresarme, a

reconocer mis sentimientos y lo que debemos disfrutar en el hogar. Además, sé que hay sectores donde aún hay trabajo infantil doméstico y que hay que cambiarlo. Al poco tiempo de entrar a la Escuela de Liderazgo, pude mejorar mi autoestima, seguridad y oratoria, y me propusieron formar parte del Consejo Consultivo de la provincia de Bolívar, donde actualmente soy la presidenta. Nuestro principal objetivo es planificar actividades, centrándonos en las opiniones de los menores de edad y los jóvenes. Además, buscamos que no se vulneren los derechos de las niñas y ellas puedan decir lo que sienten, que las escuchen y entiendan lo que quieren decir.

Ser presidenta no ha sido fácil, porque he tenido que conjugar mi vida universitaria con mis responsabilidades con el movimiento, pero creo que lo he logrado. Creo que uno de mis aciertos ha sido encontrar el punto sensible de los adultos, para que tomen conciencia de que los jóvenes también tenemos voz e ideas para el cambio.

A todas las niñas que sufren trabajo infantil doméstico o violencia me gustaría decirles que no tengan miedo de expresar lo que sienten, de saber lo que quieren, y si desean jugarse por algo, que lo hagan. Que si quieren reír, rían, y que sean libres.

Ahora tengo 19 años y estudio Ingeniería en Telecomunicaciones. Mi mayor sueño es crear una empresa de internet comunitario para los sectores rurales, porque en la actualidad casi no existe cobertura para estas zonas; la mayoría de las personas son pobres y no pueden pagarlo.

Sin duda, la pandemia ha cambiado la dinámica educativa en mi familia, no solo por la mala cobertura de internet, sino porque no tenemos suficientes dispositivos electrónicos para todos los hermanos. El semestre pasado, entre mi hermano mayor y yo tuvimos que decidir quién continuaría en la universidad. Jachag me hizo uno de los regalos más bonitos: decidió que yo siga estudiando, pausó sus estudios para que yo pudiera avanzar y no perdiera el impulso.







Erika

Me llamo Erika y nací en una comunidad kichwa cerca de Guamote. En mi familia hemos vivido de la agricultura y de las cabras, las vacas, los cuyes y los cerdos. En el huerto tenemos cultivos según la temporada. También tenemos algunos animales y nos levantamos temprano para amarrar a los borregos y ordeñar a las vacas. En el campo crecí y soy feliz, veo a los niños de la comunidad y a mis vecinos que trabajan



duro la tierra porque es la base de nuestra economía. Cuando era niña dibujaba mucho: pintaba las portadas de mis cuadernos, retrataba a mi familia y hacía paisajes andinos; utilizaba diente de león para el amarillo, el verde lo sacaba de las hojas, el violeta salía de la malva y obtenía otros colores, como el tomate y el rojo, de las flores del páramo.

Cuando tenía ocho años, más o menos, tuve un padrino que vivía en Alemania. Él y su familia solían enviarme cartas en las que me contaban cómo eran su vida y sus fiestas, y de vez en cuando me mandaban regalos; el que más me gustó fue unos lápices de colores que yo no había visto nunca. Por mi parte, yo hacía pulseras y aretes y los mandaba a Alemania.

Ahora, mucha de la ropa que tengo la hago yo misma, bordo mis blusas con flores y diseños geométricos, y cuando tengo ganas de un collar nuevo, ensarto mullos dorados en un hilo de nylon.

La educación es lo que más se cultiva dentro de mi familia. A mí me gusta estudiar y hasta fui abanderada del pabellón nacional. No tengo duda de que la educación es el camino, porque para mí ha sido así. Mi papá siempre nos ha impulsado, a mis tres hermanas y a mí, para que seamos profesionales. Siempre nos dice que debemos aprovechar esta oportunidad que él no tuvo. Eran otros tiempos, su familia era numerosa (tenía nueve hermanos), por lo que debían escoger entre comer o estudiar. Pero él siempre dice: “el conocimiento hace que no seamos personas insensibles, nos hace mejores individuos, mejor familia y mejor sociedad”.

En mi núcleo familiar no hubo machismo porque mi papá asistía a las capacitaciones para adultos que realizaba Plan Internacional Ecuador. Siempre se ha capacitado, incluso fuera del cantón. Mi papá creció en un contexto de violencia intrafamiliar, pero él siempre se negó a “ser como su padre”, típica frase con la que se mantiene la violencia.

Por su ejemplo fui a la escuela, pero debía caminar cuesta abajo durante 20 minutos, cargando mi mochila. El trayecto de regreso fácilmente podía tomar una hora, porque era cuesta arriba. Al colegio fui a estudiar más lejos, tenía que caminar hasta dos horas si es que iba despacio.

Tengo 21 años y estudio Arquitectura en la Universidad Nacional de Chimborazo (UNACH) con una beca de Plan Internacional Holanda. Soy la primera mujer indígena que ingresó a esa carrera. Los primeros días me quedaban viendo raro por mi vestimenta: blusa, anaco y alpargatas. Como si mis compañeros nunca hubieran visto a una mujer indígena. Y les entiendo, porque las mujeres indígenas no estudiábamos. Siempre se prefería que estudiara el hombre, porque “él debía mantener la casa”, y se pensaba que mandar a la mujer a la escuela era “botar la plata”. ¿Para qué iba a estudiar una mujer si tenía que quedarse en la casa para barrer, cocinar y atender a los hijos?

A veces era incómodo ir a clases, además de verme sobre el hombro por mi ropa, me decían que, por ser mujer, no podía estudiar y, por ser del campo, no sabía nada. Juzgaban mis capacidades sin tomarse el tiempo de conocerme.

Mientras sufría esta discriminación en la universidad, veía que muchas compañeras sufrían otros tipos de violencia, de parte de sus parejas por la falta de autoestima, o la incapacidad de encontrar espacios de participación. Poco a poco se fueron interesando en lo que yo les decía, les hablaba del embarazo adolescente y les explicaba que podían decir “no” si se encontraban en una situación de violencia. Muchas mostraron desinterés, pero otras dijeron “basta” y se decidieron a encontrar un cambio. También los hombres han ido conociendo poco a poco sobre el machismo y se han interesado por ser mejores cada día.

A mis compañeros les he contado las historias que me han hecho ser quien soy. En 2015 tuve la oportunidad de participar en Jóvenes Embajadores, un programa con el que Plan Internacional, Amigos de las Américas y la Embajada de



Estados Unidos envían a varias jóvenes líderes a Estados Unidos para asistir a charlas y convivir con una familia de allá. Ahí aprendimos sobre liderazgo y cómo implementar proyectos para nuestras comunidades; en mi caso, diseñé un programa para prevenir el embarazo adolescente. Hacíamos actividades relacionadas con temas de sexualidad y con los planes de vida de las asistentes. También fui *young influencer* de Plan Internacional a nivel mundial y viajé a Inglaterra para planificar actividades junto a otros jóvenes del programa; y fui a Canadá para la conferencia *Women Deliver*, donde se trataron temas de educación. Todos los países a los que he viajado me han gustado, encuentro fascinante conocer a diferentes personas que luchan por distintas causas, con otras visiones y distintas sensibilidades.

A mis compañeras de la universidad, y en realidad a todas las mujeres de mi comunidad, les he dicho que debemos alzar nuestras voces, que entre todas debemos colaborar, aunque sea con un granito de arena, para que otras mujeres escuchen y puedan cambiar sus vidas. Si podemos ayudar a una persona esta ayudará a otras.

Para las mujeres del sector rural, la situación es difícil todavía, y se ha agravado con la pandemia. Pocas jóvenes han logrado acceder a la educación superior y son menos las que llegan a graduarse como profesionales.

Para mí, llegar a la universidad supuso un cambio de estilo de vida. Pasé de la tranquilidad del campo a un cuarto en la ciudad que arrendamos con mi hermana. La vida sin los padres es distinta y hay que acostumbrarse. Por esto mismo me concentro mucho en los estudios, para graduarme y hacer que este esfuerzo de todos valga la pena.







Luisa

Encontré mi vocación en medio del dolor. Siempre he creído que nada es fácil en la vida y hay que salir adelante como puedas, pero hay que progresar. Hace más de 10 años mi abuelita fue diagnosticada con cáncer y poco tiempo después contrajo hepatitis. Por su grave estado de salud, los doctores la desahucieron y descartaron toda esperanza. Fueron días grises para mi abuelito y para mí, porque hasta ese momento ella era



quien se encargaba de nosotros y nos contenía emocionalmente. Pero en medio de la tormenta me di cuenta de lo que quería hacer el resto de mi vida y que servir a otros era mi mayor motivación. Quería ser doctora para ayudar a las personas, porque esto enriquece el espíritu.

Tras un mes de que mi abuelita estuviera internada, las cosas en la casa cambiaron y los roles se invirtieron. Mi abuelito tuvo que ocuparse de las tareas del hogar, cocinaba, se encargaba de los quehaceres de la casa, cuidaba y alimentaba al caballo, prácticamente lo hacía todo. Por su edad y el sufrimiento que ha pasado, él ha abierto la mente, el corazón y ha cambiado. Ha dejado los patrones culturales machistas a un lado para cuidar a mi abuela.

Durante 21 años mis abuelos han sido mis padres y me han educado como a una hija más, por lo que siempre digo con orgullo que tuve la suerte de estar al cuidado de personas con la experiencia de seis hijos previos, que han sabido cómo hacer las cosas conmigo. A mi abuelita Marina y a mi abuelo Juan los quiero mucho, ellos son mi vida, mi motivación, mi motor. Aunque hemos tenido pocos recursos, esto no ha impedido que me apoyen de todas las maneras posibles. Incluso sigo viviendo con ellos.

A mi madre le agradezco la oportunidad de haberme dado la vida, pero hemos vivido separadas porque ella se casó e hizo su vida lejos de nuestra comunidad. Entiendo cómo han sucedido las cosas con ella y sé que para una mujer puede ser difícil cambiar su realidad.

Mi mamá y mis tías lograron que mi abuelito les permitiera estudiar el colegio, aunque en aquel entonces no se creía que era necesario que una mujer se prepare, pero mi abuelita es consciente de la importancia de la educación porque fue profesora. Al terminar el bachillerato, ellas quisieron buscar un mejor futuro, sin embargo, como estábamos alejados de la vida de la ciudad, se encontraron con dificultades, sobre todo con personas que les crearon

falsas esperanzas y las terminaron decepcionando, como mi papá.

Si bien el amor y apoyo de mi familia han sido mi principal pilar, a mi lado también siempre han estado personas que no tenían la responsabilidad de darme una oportunidad, pero me la dieron, confiaron en mí y poco a poco he avanzado de su mano: el equipo de Plan International ha estado no solo en el ámbito emocional, sino en el económico, porque pronto seré doctora gracias al programa de becas universitarias.

Desde que tengo uso de razón Plan International ha formado parte de mi vida. Cuando tenía tres o cuatro años participaba en las actividades porque mi tía era voluntaria en esta organización y se encargaba de dar a conocer sus mensajes a los pobladores del barrio.

Pero no fue hasta que comencé el bachillerato que participé activamente en el Movimiento Por Ser Niña y en Cartas de Niñas. Este programa tuvo un gran impacto en mi vida porque logré conectar conmigo y mis anhelos.

En los talleres nos pedían que pensemos en cuáles eran nuestras aspiraciones, lo que queríamos llegar a ser, en qué nos queríamos profesionalizar. También, las dificultades que teníamos, si había violencia en nuestra casa o si no nos daban la importancia que merecemos por ser mujeres, si no contábamos con los recursos económicos, etc. El recuerdo más claro que tengo es cuando nos hicieron retratarnos cómo nos veíamos en el futuro y qué carrera nos gustaría estudiar, me dibujé siendo profesora porque era un sueño que yo tenía desde niña, sin embargo mientras crecía me redescubrí. Vi que mi pasión era el servicio y que deseaba ayudar con mi granito de arena para que las personas tengan una mejor vida. Quizá es porque siento que no puedo deslindarme de mi realidad, vengo de abajo, he pasado por muchas dificultades y siempre recuerdo que es bonito tener alguien que le tienda la mano.

Eso me di cuenta porque las mujeres que me rodean son





muy valiosas, de ellas he aprendido que es necesario servir a la comunidad, con humildad, sencillez y trabajo duro. Es necesario permitir que otras personas se desarrollen para que salgan adelante, no decir "yo voy primero", ese no es un buen líder. Para servir a los demás hay que dejar los intereses personales aparte. El que quiere ser el primero también debe poder ser el último. La vida siempre te va a poner piedras en el camino, pero hay que aprender a usar esas piedras como peldaños para subir y seguir adelante. Cuando cumpla 60 años me gustaría escribir un libro motivacional para niñas, quizás un libro en el que relate mi

vida. Les contaría que el único límite que deben tener es el cielo. Que la vida de una u otra manera te va a tratar mal pero siempre te va a poner piedras que puedes escalar. Les diría: sigue arriba, tú puedes, ojalá tengas la bendición de que encuentres personas te puedan ayudar, como a mí me ayudaron. Yo te ayudaré de una u otra manera, pero no te quedes. Les escribiría: sigue adelante con valor, con honor, que tú podrás lograr grandes cosas en tu vida, confía en ti misma porque a veces una es su principal enemiga. Tú puedes, tus manos y tus pies son los que van a construir tu futuro, adelante, no te rindas.



A black and white photograph of a young man sitting on a bed, reading a magazine. The magazine cover features a cartoon illustration of a woman and the word 'INTRA'. The man is looking down at the magazine with a focused expression. The room is dimly lit, with light coming from a window on the right. There are some items on a shelf in the background, including a Sony device.

Kleever

En mi casa no siempre se habló de la necesidad de combatir el machismo y la desigualdad de género. Cuando yo entré a las charlas de Plan International pude sacar la radiografía de mi propia casa y me di cuenta de que las cosas no estaban tan bien, especialmente para mi hermana menor. Con el tiempo, mi padre se ha convertido en voluntario de Plan International, por lo cual ahora se practica una vida de igualdad en nuestro hogar. Mi tío





también es voluntario, y el mensaje se ha difundido en mi familia extendida. Desde un inicio tuve un gran apoyo de parte de mis padres, me han motivado para que mi autoestima esté en alto y me han ayudado a entender mis derechos; gracias a ellos, voy por buen camino. Mi mamá es una parte clave de todo esto, ella tiene los sentimientos y siento su apoyo con más amor. Le puedo contar todo y me responde siempre serena, a veces me dice que sí o me da consejos con criticidad.

Me llamo Klever, ingresé a Plan Internacional a los 14 años, sin embargo, siento que tuve una participación plena y activa cuando cumplí 15. Ese año, la vida me sonrió porque tuve la oportunidad de viajar a Estados Unidos con el programa Jóvenes Embajadores. Ese ha sido el único viaje que he realizado al extranjero; también ha sido el primer viaje que un integrante de mi familia ha realizado.

Aterrizamos en Houston y todo era nuevo para mí, me quedé como si nunca hubiera visto una ciudad. Yo pensaba que iba a ver solo personas rubias con ojos azules, pero para mi sorpresa descubrí que había una infinidad de culturas: desde

japoneses, pasando por ciudadanos de los países europeos, hasta mexicanos, salvadoreños y, cómo no, muchísimos ecuatorianos. Fue divertido acercarme a estas personas y preguntarles qué hacían en sus países, cuáles eran sus tradiciones, qué les gustaba comer y cómo eran sus bailes y diversiones. Con algunos fue más fácil por el idioma, porque yo a los 15 años hablaba mucho menos inglés del que hablo ahora que tengo 20.

Desde entonces decidí involucrarme más en las actividades de Plan Internacional, así he podido integrar nuevos conocimientos a mi vida, en términos de equidad de género y machismo, y ya puedo entender cuando existe un contexto de violencia o desigualdad de género en la sociedad. Un fenómeno que he notado (y que muchas veces pasa desapercibido) es que existe mucha discriminación contra los niños, que en ocasiones termina en casos de acoso escolar (ahora llamado *bullying*) o violencia física. Sé bien lo que sienten los niños que sufren acoso escolar porque yo mismo fui víctima de esto hasta tercer grado. Aunque no recuerdo muy bien, sé que me decían palabras que me



Kleever

Por tu sentido del humor
y tu escucha

Solo U



hacían sentir mal, que trataban de bajar mi autoestima. Por eso intento replicar lo que he aprendido en Plan Internacional que, básicamente, es enseñar a decir “no”. Este mensaje lo he transmitido a niños y niñas.

El trabajo duro ha dado resultados claros, por lo menos en términos de evitar el embarazo adolescente. A pesar de que en épocas pasadas hubo un buen porcentaje de niñas embarazadas, esta cifra ha bajado en la zona rural, y ahora queremos eliminarlo, con la acción conjunta de muchas personas e instituciones.

El mayor problema que tratamos de erradicar son las actitudes machistas que discriminan a las mujeres. Tratamos de llegar a la población a través de distintos canales. Por ejemplo, yo participo en un programa de radio que se llama *Ñuca Shimi* (nuestra voz). Solemos recibir llamadas de niñas que nos cuentan cuáles de sus derechos están siendo vulnerados, que sienten una gran discriminación y que no las toman en cuenta; en cambio, cuando recibimos llamadas de niños, nos dan ideas de cómo podemos hacer que las niñas sean partícipes en todas las actividades estudiantiles y que no sean discriminadas.





Yadira

Yo era una niña como cualquier otra en mi comunidad. Ni siquiera había cumplido 15 años y, junto con mi hermana mayor, ya ayudábamos a mi mamá en la cocina: lavaba los platos, pelaba las papas, lavaba la ropa y hacía todo lo que se supone que una mujer debería hacer. Rara vez podía salir a jugar o tenía tiempo libre. Era una niña en una comunidad indígena, pero ya tenía ocupaciones de adulta. Nos decían que las mujeres





debíamos estar en la cocina, porque ese es nuestro trabajo. Pero yo era una niña y no quería un trabajo.

Ahora que lo pienso, llevo el mismo ritmo de vida que mi abuelita y mi mamá. Mi mamá hacía sus tareas de sol a sol, aunque se levantaba a las 02:00 para salir a buscar leña para el desayuno y se acostaba a las 20:00. Yo también sé lo que es madrugar para hacer el desayuno, me levantaba a las 04:00 y de 05:00 a 06:00 amarraba a los animales. Luego caminaba 45 minutos para llegar al colegio. Llegaba a las 07:30. Estudiaba seis horas y caminaba de regreso, a veces rápido, a veces lento. Hacía el almuerzo con mi hermana mayor, comíamos a las 15:00, más o menos, y luego hacíamos los deberes. En la tarde, a las 17:30, hacíamos la merienda y prácticamente estábamos listas para acostarnos.

Cuando cumplí 15 años, mi hermano Klever me dijo que debería entrar a los programas de Plan International, porque ahí hablaban sobre los derechos y las obligaciones de los niños, niñas y adolescentes. Me decía que yo debía ser la protagonista de mi vida y confiar en mis decisiones y opiniones ante la sociedad. Cuando entré a Plan International me enseñaron a estar motivada, y luego

entendí que también debía incentivar una transformación en mi familia. Poco a poco comprendí que había que cambiar los estereotipos y los patrones culturales que hemos arrastrado durante años y nos han afectado a nosotras, por ser mujeres y por ser niñas.

Lograr cambios no es fácil y mucho menos cuando se trata de tu propia familia. Se necesita conocimiento y tacto, pero sobre todo amor. De alguna manera, por influencia de mi hermano, mis padres ya habían tratado de borrar las desigualdades en el hogar, también lo hacían mis abuelos, pero aún decían cosas como que las “mujercitas” no debíamos salir, porque “por vagar podíamos regresar embarazadas”, o que nos podíamos “conseguir un novio y nos íbamos a escapar para casarnos, por lo que no podríamos estudiar”. Bueno, para su forma de entender, ya estaban pensando en el empoderamiento de la mujer, aunque ellos nunca han usado esta palabra.

Las cosas han cambiado bastante en mi casa, pero todavía no puedo decir que al cien por ciento, quizás un setenta y cinco por ciento. Repartimos las labores equitativamente: si mi hermano tiene que cocinar, lo hace; si les toca a mi papá o a mi mamá, también cumplen con su tarea. Cuando ellos



cocinan, a mis hermanos y a mí nos queda tiempo para estudiar, así nos ayudan a cumplir nuestras metas. Su mentalidad ha cambiado, ahora me apoyan como lo han hecho con mi hermano, ya no me hacen a un lado. Después de un tiempo de estar en los programas de Plan International, aprendí que debo cultivar el amor propio, hacer frente a las adversidades y no dejarme intimidar por los hombres que dicen que yo no puedo estudiar o que no tengo las mismas oportunidades. He aprendido que debo opinar en favor de mi bienestar y que quererme es un acto transformador y revolucionario. Ahora sé que debo hablar sin miedo para que me escuchen. Por eso, cuando me propusieron participar en el programa de radio *Ñuca Shimi* (nuestra voz), acepté sin pensarlo dos veces. Ahí fui locutora y después fuimos rotando las actividades. También estoy encargada del segmento intercultural y de las cartas de niñas, que son recreaciones de cartas publicadas en un libro de Plan International y son muy emotivas. Ahí se lee la

problemática común que muchas niñas sufren, pero lo más interesante son las soluciones que se proponen. Entre las principales está ir a las autoridades ante casos de violencia o desigualdad. Desde que empecé en la radio, mis abuelos escuchan todos los programas y se sienten orgullosos de mí.

A veces pienso en ellos, en cómo fue su vida, llena de estereotipos y actitudes que generaban desigualdad. No los juzgo, porque entiendo que la empatía es comprender cómo se desarrolla la vida ajena. Una de mis frases favoritas es: “Siéntete como esa persona y verás cómo es el problema... luego encontrarás la solución”. Pienso en ellos y sé que ya han vivido, mis padres también han vivido bastante, incluso mis hermanos mayores ya han hecho su vida y han tomado sus decisiones, por eso mi lucha es para cambiar mi presente, mi futuro y el de mi hermana pequeña y su generación.





PORQUE LA VIOLENCIA
nos afecta
a **TODAS** sin importar
ÉTNIA Y CULTURA

Nohelia

Estaba en la sala con mi familia y sonó el teléfono. Era Plan International. Me dijeron que había sido elegida para participar en la Comisión Jurídica y Social de la Mujer de la Organización de las Naciones Unidas (ONU); viajaría a Nueva York en unos meses. Me puse a llorar. Era la primera vez que alguien de mi familia saldría del país. Yo tenía 14 años.





Nací en una ciudad de Pichincha, pero mis papás son de Jipijapa, en la Costa. De hecho, soy la primera serrana en mi familia. Mis papás tienen dos restaurantes y siempre me han apoyado. Tengo una hermana y ella me enseñó a ser fuerte. Cuando recibí la llamada, nos emocionamos mucho. En mi familia, gozo de privilegios y apoyo, pero en mi comunidad, tenemos problemas con la violencia de género. Mi papel en la Comisión sería de embajadora de las niñas y adolescentes en Ecuador. Interioricé que no iba como Noelia, sino como Ecuador; no estaba ahí para hablar desde mi realidad, sino desde la de las niñas de mi país. Así que comencé a prepararme.

Me eligieron como embajadora porque soy parte del Movimiento Por Ser Niña desde que tengo 13 años. Participaba en las caravanas vacacionales de Plan Internacional en las comunidades de Cayambe. Nos capacitaban para ser mentoras de niños, niñas y adolescentes menores. Íbamos a comunidades lejanas, donde no había ni servicios básicos. Ahí, por ejemplo, por falta de dinero, deben elegir quién va a ir a estudiar y, por lo general, eligen a los niños. Creen que las niñas tienen más peligro, así que prefieren que se queden en casa, limpiando. Las mujeres deben ir a pastar, a cuidar los animales, a apoyar a su familia en la agricultura y ganadería. Por eso, cuando les decíamos a las niñas que

tienen los mismos derechos que los niños, se sorprendían porque no lo sabían.

Estas experiencias me hicieron percatar de que hay otras vidas que pueden ser muy difíciles. Entonces, me dediqué a redactar mi discurso para la Comisión, serían palabras que salieran de mi corazón. Cuando llegó el día de viajar, ni siquiera me dormí en el avión porque quería tener la experiencia completa. Era una responsabilidad y un compromiso porque, al llegar, debía difundir lo que aprendiera.

Me sorprendí viendo los rascacielos, la vida tan rápida, que no espera a nadie. Y quería aprovechar: probé todo, asistí a todas las conferencias y anoté todo. Cuando llegó el día de mi intervención, tenía que contar mi historia. Discutí sobre la violencia familiar, sobre lo que le sucedía a una persona muy cercana, y me adueñé de ese sentir. Mi objetivo era que las autoridades nos escucharan y que se comprometieran a realizar un cambio para respetar nuestros derechos. Es que, desde que estoy en Plan Internacional, me he vuelto más empática; no era la ocasión para hablar por mí, sino por las personas que no pueden ser escuchadas. Siempre hay números y datos, pero detrás de ellos, hay rostros de niños, niñas y adolescentes que pueden ser nuestros vecinos.

Gracias a todas estas experiencias y a las herramientas que



el Movimiento me dio, elegí mi profesión. Decidí estudiar Derecho porque quería que mi carrera estuviera vinculada a la defensa de los derechos. Estudié en la PUCE Quito, a unas dos horas de la ciudad donde nació, lo que significó cambiar mi ciudad de residencia. Cada lunes me ponía a llorar por separarme de mi familia, pero me va bien. Incluso tengo una beca académica y ya estoy en tercer semestre. Aunque, con la llegada de la pandemia, me quedé en casa y aprovecho la compañía de mi familia.

De pequeña, yo decía que quería ser presidenta, pero la gente se reía. Ahora, gracias a Plan Internacional he visto que es posible serlo. Por ejemplo, fui la presidenta de la Asamblea Nacional y debí dirigir una sesión. Fue parte de una toma de poder que organizaron; estas tomas buscan que niñas del sector urbano y rural tomen el poder en algunas organizaciones públicas y privadas.

Me acuerdo de lo que una asambleísta dijo que a las mujeres les presionan más porque las consideran sensibles para tomar decisiones y, por lo tanto, creen que las decisiones no son tan críticas u objetivas; estiman que ellas no saben cómo dirigir a las personas, como lo haría un hombre. Esas palabras las llevo presentes, y estos son los momentos que definieron lo que hago ahora.

En la actualidad, sigo estudiando, colaboro en Plan Internacional y me siento muy feliz cuando veo a las chicas que se adhieren al Movimiento y que cumplen sus sueños poco a poco. Es gratificante ver el proceso. También, fui escogida para estar en una plataforma de género que se llama Tremenda; soy la coordinadora de Ecuador.

Mis metas son claras: quiero convertirme en abogada y especializarme en defensa de derechos, ayudar a mis papás y llevarlos a viajar (quiero que se suban a un avión para que vean cómo es); podríamos ir a Italia. Y deseo trabajar o crear una fundación que ayude a las niñas porque yo también quiero cambiar la vida de alguien.





une te al
movimiento
POR SER
niña
#NiñasAlPoder

une te al
movimiento
POR SER
niña
NiñasAlPoder
ENTRA | PLAN



Nataly

Quiero demostrar que los sueños se pueden cambiar, que las niñas de los sectores rurales pueden hacer la diferencia en el enfoque que le dan a sus vidas. Cuando llegué a una escuela rural de Cayambe escuché que la mayor aspiración de estas niñas era ser mamás, tener hijos. Pensé que debía abrirles los ojos para que miren que los sueños de las mujeres no están dados en relación a su capacidad reproductiva.



Mi nombre es Nataly, tengo 20 años, vivo en una ciudad de Pichincha. He trabajado en los vacacionales gracias al Consejo Consultivo. Ese fue uno de los primeros programas en los que estuve con Plan International. Nos capacitaban para ir a comunidades, hablar de derechos y de ciertas problemáticas.

Esa etapa fue bonita, porque conocí personas de distintos lugares de mi cantón. Me relacioné con distintas personas y opiniones. Además, como mi cantón tiene la presencia del pueblo indígena Cayambi me incliné mucho a conocer esa sabiduría ancestral.

Ese fue el momento en que cambió mi forma de ver el panorama de mi cantón. Antes no me daba cuenta de lo que pasaba en las comunidades, cuando vi esta realidad decidí estudiar Sociología, más que todo para hacer algo por esas niñas de la ruralidad para que sigan su proceso de vida, sus estudios y que ejerzan sus derechos libremente.

Estoy en séptimo semestre y me ha cambiado la forma de ver el mundo. Ser testigo de tanta desigualdad e injusticias ha desatado en mí ese deseo de querer mejorar las cosas. Siempre me ha gustado estar en espacios de liderazgo. Fui presidenta de mi escuela, de los cursos. Sueño con tener mi

propio emprendimiento que cause incidencia, quizás una Escuela de Liderazgo en mi cantón para enseñar sobre política, comunicación, oratoria. Lo que quiero es cambiar algunas cosas que nos afectan como sociedad.

Ahora trato de cambiar algunos estereotipos en mi comunidad y en mi hogar. Converso con mis amigos para que no se normalicen ciertas reflexiones como: “es que juegas como niña”, “lloras como niña”. Quiero que se den cuenta que no está bien decir eso. También les hago pensar por qué dicen que las niñas son inferiores. En esa propuesta, algunas personas reflexionaban y admitían que su comportamiento estaba mal.

Algunos compañeros me molestaban y hasta me hacían memes, me decían: “ya viene la opresora, la feminazi loca”. Frente a esto, he tratado de ir despacio e incidir lentamente en la forma de pensar de cada uno. Por eso, trato de informarme para dar un buen argumento.

No me sentía mal con los memes que me hacían. Me indigna más ver el hecho de que se burlen, eso sí me molesta demasiado. Y siento que a algunas personas no se las puede cambiar. He llorado al ver ese rechazo a la lucha de las mujeres.





Me he dado cuenta que para lograr influir en las personas es necesario expresarme mejor. Gracias a Plan International he logrado mejorar este aspecto. Ahora, converso con más gente, antes si no hablaba con alguien no me importaba. Valoro conocer a las demás personas y sus pensamientos.

Me doy cuenta de lo esencial que es la comunicación para hacer incidencia. Antes de la cuarentena, Plan International me eligió para ir al taller nacional de Comunicación en Guayaquil. Allí nos brindaron las herramientas necesarias para poder crear contenido, cómo utilizar los logos, los colores. También estuve en otro taller de escritura, donde también aprendí sobre diferentes temas como la violencia de género, los estereotipos y los roles de género.

Actualmente manejo las páginas Facebook e Instagram del Movimiento Por ser Niña. Tenemos un chat para el Comité de Comunicación, que somos alrededor de ocho chicas. Allí damos nuestro punto de vista, proponemos ideas.

Todavía no hay muchos comentarios en las páginas, pero sí muchos compartidos y me gusta. Hay más reacciones positivas que negativas en nuestras redes, cuando posteamos temas sobre el amor propio la gente se etiqueta entre amigas.

También hemos visto comentarios negativos, sobre todo por esta concepción que se tiene del feminismo, de la gente

que está en contra de las marchas y de las movilizaciones para exigir nuestros derechos.

Para mí, desde la sociología, las redes sociales son un mecanismo de control, que moldean nuestra forma de ser. Sin embargo, hay que darle otro tipo de uso como combatir la violencia de género, el pensamiento de que somos débiles, que no podemos realizar ciertas actividades, que no podemos jugar fútbol, que tenemos que estar calladitas y sentaditas...

Una lideresa debe ser consciente, responsable, creativa y con la capacidad de poder cambiar el mundo, no con imposiciones sino logrando incidencia. El líder no es la persona que está al frente de otros y que gana a costa del otro. Debe pensar en todos, de manera comunitaria y amigable, como la vez en la que hicimos un seguimiento a las niñas de la escuela rural de Coyambe que visité, para que puedan acceder al colegio en el cantón.

O como aquella vez que logramos que la Alcaldía acepte más jóvenes en los proyectos que son para ellos. O como cuando mi papá cambió su manera de colaborar en el hogar y desechó esa idea de que la mujer debe servir al hombre. Un día entendió que mi mami hace doble trabajo, porque tiene su empleo y aparte realiza las tareas del hogar. Ahora mi papá sabe que es parte y responsable de la casa. Ahora se lo mira arreglando el cuarto. A veces, también cocina.





Josselyn

Estoy a meses de terminar mi carrera de Contabilidad y Auditoría en la Universidad Técnica de Manabí. Con estos estudios podré asistir a grupos de madres y padres de familia para que puedan emprender un negocio propio. Les podré enseñar a ahorrar y a reunir fondos que sean invertidos en otros bienes.

Recuerdo que cuando tenía seis años prefería quedarme a un lado, porque era una niña



con muchos miedos. Pero cuando era joven, un día me dije: “si otros pueden, yo también puedo hacerlo”, y comencé a instruirme. Mi hermana mayor se formaba en Plan Internacional y me dijo que era súper bonito. Entonces, mis padres me dieron permiso para asistir a los talleres, campamentos y vacacionales.

En mi comunidad se vulneran mucho los derechos de las niñas: somos acosadas y nos ven como seres inferiores, como juguetes. Pero, en los campamentos me enseñaron sobre los derechos de los niños y de las niñas, y aprendí del Movimiento Por Ser Niña, cuyo aniversario es el 11 de octubre, Día de la Niña.

De esta experiencia nació mi primera meta, que conseguí hace un año y medio: ser facilitadora del Consejo de Asesores Juveniles. Este proyecto de Plan Internacional involucra a jóvenes de la provincia de Manabí, que nos reunimos para autoevaluarnos y mantenernos conectados, planificamos actividades y el trabajo. Aquí contribuyo con mis ideas y, cuando otro joven llega con otras, las unimos; entonces, sacamos algo muy bueno. En este espacio aprendí a perder los miedos y llegar a cada persona; me preparé, por ejemplo, para enseñar a respetar los derechos de los niños y niñas, y he conseguido ganarme el cariño de los padres. No es fácil llegar a todos, a veces, porque soy muy joven, no confían en que pueda aportar; pero otras veces esto me ha

ayudado porque cuando trabajo con gente de mi edad, les cuento mi historia para motivarles y ellos me han sabido escuchar.

Ha habido capítulos difíciles, en 2016, después del terremoto, experimenté el desafío más grande. Como vivimos en comunidad, todos nos conocemos y ver que algunas personas perdieron sus casas fue muy duro. Además, teníamos miedo de que volviera a pasar. La afectación más grande era el desabastecimiento, por lo que Plan Internacional nos ayudó con *kits* alimenticios y yo debía viajar a otros lugares para apoyar en un proyecto denominado Fábrica de Inteligencias. Volví a sentir miedo, pues debí salir de mi casa e involucrarme en otra comunidad, donde daba talleres de purificación del agua, saneamiento y nutrición, para familias, niñas y niños.

Por supuesto, después del terremoto, los niños y las niñas eran los más vulnerables. En mi carpa, porque trabajábamos en carpas, los niños venían a distraerse un poco. Nosotros dábamos refrigerios y recuerdo que, cuando los repartíamos, un niño me dijo que no se lo podía comer, que lo guardaba para la merienda porque no tenía comida.

Yo veía las ganas de las familias de salir adelante, su ejemplo me sirvió muchísimo porque nunca dejaron la esperanza y las ganas de seguir trabajando. Aprendí sobre la resiliencia. Ahora valoro mucho las cosas a mi alrededor.



La segunda meta de vida que me propuse fue graduarme de la universidad. Combinar mis estudios con el trabajo como facilitadora de Plan International ha sido cuestionado, porque no se relacionan directamente, pero creo que no tienes por qué hacer una sola cosa en tu vida.

En el programa de educación puedo vincular mi carrera con el activismo. Por ejemplo, en la comunidad de Chirijos (Manabí) trabajamos en un colegio con los estudiantes de tercero de bachillerato. Había una chica que era muy buena estudiante, constaba en el cuadro de honor, pero su papá consideraba que cuando terminara el colegio, en lugar de ir a la universidad, ella debía conseguir un esposo. Nosotros buscamos ayuda experta y dimos una serie de charlas en esa comunidad; nos dirigimos a esa familia y logramos que el padre entendiera que la educación es importante. Ahora ella está estudiando Administración de Empresas en la Universidad Técnica de Manabí.

Todas estas experiencias me han ayudado en la esfera personal. He estudiado sobre equidad de género y ahora tengo la fuerza para hablar o actuar. Incluso en mi familia, donde somos tres hijas, les hago ver que hombres y mujeres somos iguales. Por ejemplo, antes mi papá tenía miedo de que nos desprendiéramos de la casa, de que creyéramos, pero entendió que nos estamos formando para bien. Además, respecto a las labores, también ha habido un avance: mi papá ahora se encarga de la limpieza. Mi mamá, por su parte, ha perdido el miedo; ha cambiado su forma de pensar y exige que todos colaboremos en la casa.

Mi trabajo con Plan International ha modificado mi forma de ver la vida, me ha permitido tener un proyecto de vida y entender que no todo va a ser fácil. Ahora, quiero seguir con ganas y no rendirme nunca. Estoy feliz de estar donde estoy y hacer lo que hago; incluso me considero una lideresa. En el futuro, quiero tener una fundación que involucre a familias, para dar talleres y charlas; quiero seguir empoderando a las mujeres.





Angee

Cuando estaba por cumplir 15 años, mi papá se fue de la casa. Nos quedamos mi mamá, mi hermano y yo. Yo no entendía o no quería entender por qué se fue. Sus razones fueron que mi mamá no le atendía bien, que no le tenía la comida lista y no le tenía la ropa limpia. Era violento e hizo cosas muy malas que me lastimaron profundamente. "Ya no te considero mi padre", le dije una vez, y esas palabras se le grabaron en



el corazón. Yo era joven y no entendía o no quería entender. En ese entonces, las personas correctas estaban a mi lado. Mis amigas me decían que no era la primera ni sería la última joven que tenía padres separados; y mis profesores me dijeron que no me distrajera, que si pensaba en eso descuidaría mis estudios, dejaría de ser la buena estudiante que siempre fui y echaría abajo mi sueño de ser abanderada. Yo quería que mi mamá se sintiera orgullosa de mí al verme desfilar con la bandera nacional, quería darle una alegría, especialmente en ese tiempo en que se había quedado sola.

Como no entendía la situación, yo tenía mucho rencor. Es bueno admitir ese sentimiento porque de ahí viene el perdón. Pero era casi una niña y estaba dolida. Les había escuchado discutir. Él pensaba que con sus acciones castigaba a mi mamá, pero en realidad los más afectados fuimos mi hermano y yo. Ahora, como estudiante de Obstetricia en la Universidad de Guayaquil, como adolescente que ha madurado, sé que es preferible que mis papás se hayan separado a que se hubieran quedado juntos por nosotros. Es mejor que estén felices cada uno por su lado, a que sean miserables juntos.

Durante esos años me sentí muy vulnerable, pero esto me

llevó a querer estudiar y aprender más. Ese fue el origen de los proyectos que emprendí. Tenía curiosidad, pero también eran un pretexto para evadir la realidad. En un primer momento, iba a las reuniones para tratar de olvidar, pero aún no me daba cuenta de que mi historia inspiraba a otros, que veían cómo soy como persona y cómo trato a los demás, y empezaron a llamarme para que presentara varios proyectos, por lo que estuve en algunas actividades locales de la organización (como recolección de fondos y reuniones) y fui en representación de las actividades que realizaba Plan International a nivel nacional.

En estos y otros eventos, aprovechaba para explicar las situaciones que afectaban a mi comunidad. También, en las reuniones del GAD (Gobierno Autónomo Descentralizado) confrontaba a los funcionarios que no hacían bien su trabajo, y el ejemplo se multiplicaba. Me habían dado la oportunidad de cambiar las cosas desde una visión de niña, y gracias a ello, las niñas que vienen detrás de mí ahora tienen las puertas abiertas para dar su opinión.

En un punto me di cuenta de que había que hablar con las personas que toman las grandes decisiones, a ellos les preguntaba: "¿Usted cómo sabe que lo que está proponiendo es lo que quieren las personas de esa comunidad, o





ustedes preguntaron, hicieron alguna encuesta a todos esos niños de la ciudad?”. Siempre me respondían que no, que no lo habían hecho. Es verdad que un niño se emociona al ver un parque u otra obra similar, pero lo ideal es que reúnan a todos y les pregunten, así saldrían respuestas muy interesantes, como: “señor presidente, no quiero otra cancha más u otro parquecito más, quiero esto...”. Porque pienso así, mi opinión siempre ha sido tomada en cuenta. Cuando me piden una exposición, no tengo miedo de hacerla, de decir lo que no me gusta; no me da miedo que otras personas no estén de acuerdo conmigo; tampoco me da miedo que los demás rechacen mis propuestas, porque sé que esto pasa naturalmente y en cualquier momento.

Si bien ahora no tengo miedo, no siempre fue así, fui aprendiendo a hablar con argumentos. Al principio, yo era una niña muy curiosa, por lo que me interesó conocer qué otras situaciones vivían las personas de mi alrededor. Lo que más me impactaba era conocer realidades que no sabía que existían, como la violencia, niñas violentadas o violadas, o las posiciones a favor y en contra del aborto. Comencé a visualizar y escuchar esas experiencias de vida de niñas que han pasado por ese proceso y luego me di cuenta de que yo también pasé por algo similar en su momento, pero no lo identifiqué. Ver las cosas que mi familia hacía y no son normales, o que sucedían en mi comunidad, me impactó. Luego entendí que son pensamientos que las personas ya tienen en sí, porque sus padres y sus abuelos los han criado de esa manera; por ejemplo, en temas de violencia doméstica, es fácil decir que la mujer debe cocinar, lavar, barrer, y el hombre solo va a trabajar y es la fuente de ingresos de la familia. Pero estos estereotipos son dañinos y no nos permiten salir adelante.

Otro ejemplo: en mi familia no existe un hombre que nos diga: “tengan, aquí está para su comida, para su ropa”, sino que mi mamá, mi hermano y yo aportamos económicamente. Entonces me doy cuenta de que todo por lo que he

luchado es verdad, que si yo y mi familia pudimos, muchas otras niñas y familias lo podrán hacer. Que un hombre se vaya de la casa no es el fin del mundo.

Siento que he tomado el camino bueno y he caminado bastante. En Plan International aprendí educación sexual y luego ingresé al proyecto Zona Libre de Embarazo; de ahí pasé a Cartas de Niñas; y soy la representante de Guayaquil del Movimiento Por Ser Niña. Me fui a Estados Unidos con Jóvenes Embajadores, con un proyecto llamado Zona Libre de Riesgos en Desastres Naturales, y cuando regresé surgieron otras oportunidades, como la Capacitación de Tecnologías que hice en Buenos Aires. Asimismo, a los 16 años viajé a Chile con el proyecto Jóvenes al Rescate de la Identidad Cultural, que trata de recuperar nuestras raíces culturales a través de la danza folclórica.

La danza le ha dado sentido a mi existencia, ya que me ayuda a conocerme. Cuando bailo expreso si estoy triste o feliz, si tengo iras, siento que de esta manera me desahogo. En la danza me busco. Cuando era más joven pensaba sacar un título de danza, estudiar Artes o algo así, pero ahora ha pasado a ser un pasatiempo. Mis objetivos han cambiado y ahora están alrededor de la obstetricia, que es la carrera que escogí. Ingresar a la universidad pública no es fácil, por lo que este ha sido un logro mío, luego Plan International me apoyó con una beca para estudiar en la universidad.

Cuando me gradúe podré atender a las personas que me dieron la mano cuando era chiquita o a las niñas que estudiaron conmigo y ahora ya están en edad de ser madres. Quisiera atender a todas las mujeres de la ciudad donde viva o trabaje, y no ser como la médica que receta de mala gana los anticonceptivos cuando alguien busca asesoramiento. Quiero hacer las cosas con un sentido social, que el esfuerzo y el trabajo duro de haber estudiado valgan la pena para otras personas.







Axel

He visto la discriminación de cerca. En el colegio donde me gradué, por ejemplo, las chicas querían jugar con la pelota y no las dejaban, les decían que era un juego para hombres. También conocí a una joven que era muy buena para los números, calculaba mentalmente y hacía operaciones matemáticas sin problemas; un día quiso entrar en un concurso y le dijeron que no podía por su condición de discapacidad. A una amiga



embarazada le dijeron que en su estado no podría hacer nada. Tengo muchos ejemplos más, incluso podría citar mi propia vida, porque a mí también me han discriminado por mi color de piel. Me decían que era “morenito” y no podía hacer las cosas, que no tenía los mismos derechos que los demás y me hacían sentir mal. Hasta los 14 años atacaron mi autoestima y, a esa edad, empecé a trabajar en mejorarla. Cuando entré a Plan Internacional, lo primero que hice fue practicar para hablar en público, porque no me gustaba, era tímido y me hacía sentir nervioso. Luego, trabajé acompañado de varias personas en los programas de autoestima y en las fábricas de inteligencia. No era el único con estos problemas y eso, de alguna manera, me confortaba. En ese entonces aprendí mucho con dinámicas, por ejemplo, nos animaban a aconsejar a otros a que no se casen muy jóvenes, pues muchos de mis amigos o conocidos de alrededor de 14 años, y muchos otros, contraían matrimonio a esa edad.

Ahora he aprendido sobre la igualdad de género en el Movimiento Por Ser Niña, y he podido aplicar ese conocimiento para hablar con las autoridades de mi colegio, para que esta problemática se analice desde la perspectiva de hombres y mujeres, quienes a veces dudan si deben tener oportunidades o no. Un hombre debe entender que es capaz de barrer, cocinar o hacer las labores domésticas. Eso ya hemos entendido con mi hermano y por eso hacemos las tareas de manera divertida, para no aburrirnos. También aprendí a ahorrar y a hacer proyectos, en un viaje hermoso que realicé a Estados Unidos con el Programa Jóvenes Embajadores. Para muchos, viajar puede ser algo cotidiano, pero para mí fue una experiencia inolvidable. Hace tiempo reflexiono sobre nuestro paso por el planeta, por eso decidí hacerme activista del medioambiente. He organizado jornadas de reforestación y limpieza de playas, porque la gente arroja mucha basura. En la universidad



escogí la carrera de Ingeniería en Tecnologías de la Información, y en este espacio de estudio también he visto discriminación hacia la mujer. Primero nos dijeron que era una carrera fuerte y creo que esto se lo decían a las pocas mujeres que se inscribieron. Más del 90 % de los estudiantes éramos hombres y solo había cuatro mujeres. A ellas les decían que mejor hubieran escogido otra carrera más fácil, en vez de decirles que cuando uno quiere puede conseguir sus sueños, que no importa cuántas veces les digan que no, si sienten que es su vocación, lo pueden lograr.

Estudiar en la universidad ha sido un reto para mí y mi familia debido al factor económico. Si bien el primer semestre fue por internet, el siguiente será presencial y quizás no pueda pagarme los estudios, ya que hay que cubrir los gastos de transporte, alojamiento, alimentación, etc. Por eso, estoy tratando de llegar a un acuerdo económico con mi papá, quien no me ha suministrado pensión alimenticia desde que yo era pequeño. Esta es una de las posibilidades, y si no se realiza, habrá que buscar otra forma.





Sandra

Tradicionalmente, el domingo ha sido el día del almuerzo familiar en mi casa. Cuando digo familiar me refiero a mis dos tías, mi mamá, mis hermanos y yo. Antes no hablábamos mucho de sexualidad entre nosotros, porque era un tema tabú. Pero, a medida que pasó el tiempo, todo fue cambiando, y poco a poco, con mis tías empezamos a discutir sobre las relaciones sexuales, el embarazo adolescente, el consentimiento y la violencia

sexual. Con ellas era más fácil hablar sobre la menstruación, el uso del condón, la píldora. Así, la sexualidad se fue convirtiendo en un tema familiar y los almuerzos se hicieron más divertidos.

Elas estuvieron ahí cuando mi papá hizo falta, yo no vivo con él desde mi infancia. Mi familia vivía en el campo, luego salió a la ciudad y nos fuimos a Santa Elena, donde nacieron mis hermanos mellizos. Mi papá y mi mamá se fueron a Guayaquil y yo me quedé bajo el cuidado de mi abuela, pero mi mamá sufría violencia intrafamiliar, así que decidió regresar a Santa Elena. Mi papá la buscó, nos fuimos con ella a Guayaquil y mi papá nos siguió allá también. Ese año fue un desastre, con la violencia muy presente. Yo vi cómo mi papá le pegaba a mi mamá porque la comida no estaba buena o por cualquier cosa que no le gustaba, hasta que un día ella decidió que era suficiente, regresó a Santa Elena, consiguió un trabajo y se independizó. Mi abuela y su esposo la ayudaron con la crianza de los tres hijos de padre y madre: dos mujeres y un hombre.

La historia de mi abuela, de alguna manera, es similar a la de mi mamá. Sus padres la enviaron a estudiar en un colegio de monjas en otra ciudad, por lo que tuvo que vivir con una tía muy estricta. A pesar de los esfuerzos, no se graduó del colegio ni estudió la universidad, sino que regresó al campo y se casó. Mi abuelo la llevó a vivir a la ciudad durante unos meses, pero él era alcohólico y le pegaba. Después de un tiempo, regresaron a Santa Elena, donde ella dijo basta y le botó de la casa. A pesar de sus años, mi abuela siempre ha querido darme nuevas oportunidades, que sea profesional y tenga una visión diferente.

Cuando cursaba el último año de primaria, ingresé a Plan International. Todo empezó porque mi grado había sido seleccionado para un intercambio cultural, que no se dio, pero fue la oportunidad para conocer esta ONG y participar en sus proyectos. Al inicio, mi mamá no quería que fuera, porque decía que era una pérdida de tiempo, pero mi abuela

insistió para que me dejara ir y conociera nuevos horizontes. Desde entonces he tenido una trayectoria significativa porque he aprendido mucho. Empecé en el proyecto de Jóvenes Comunicadores y luego pasé a Chicos Pilas, con quienes hice radio, entrevistas y aprendí vocalización. Hacíamos actividades lúdicas con las que mantenía mi mente ocupada, lo cual era importante porque pensaba cosas positivas para mi vida. Incursioné por un tiempo en la televisión, pero no me gustó mucho porque siento que ahí la forma en la que uno se muestra no siempre va a ser del agrado de la sociedad. En cambio, en la radio lo que importa es tu voz, con la que puedes impresionar o llegar al sentimiento de las personas.

Después de 12 años en los programas de Plan International, he aprendido sobre liderazgo, he participado en foros con ministras de Estado y foros sobre embarazo adolescente, he estado en consejos consultivos, e incluso fui parte del programa de becas universitarias, con lo cual pude obtener mi título de Bióloga, con especialidad en Biología Marina.

Estar bajo el mar es distinto a todo lo que conoces, puedes ver a los peces y a los arrecifes, los colores son diferentes, existen formas inusuales, los organismos se mueven de una manera distintiva. Estos organismos pueden ser animales, pueden estar vivos o no, hacer daño o no, no lo sabes, estás es un territorio ajeno y debes respetarlo. Ahí abajo te preguntas si tendrán los mismos problemas que en la superficie y sí, tienen contaminación, y sí, la sienten.

Soy la primera de mi familia en estudiar en la universidad. Una tía quiso estudiar Psicología pero no tuvo los recursos, y la otra está estudiando Teología. Ellas se han detenido por los negocios o por sus esposos, a pesar de que mi abuela siempre les ha dicho que estudien. Mi mamá alcanzó a terminar el colegio. Como soy la primera profesional de la familia, siento que debo impulsar a mis primos a que sigan una carrera, ya que la educación es lo mejor que se puede recibir. Les digo que esa es la forma de ser independientes,





sin necesidad de casarse. Les he dicho que si una persona tiene una familia y no se educa o no trabaja, sus posibilidades de ser pobre se incrementan significativamente. Estudiar es una buena forma de mantener la cabeza ocupada en algo que sirve. De lo contrario, se puede caer en vicios, como el de la droga que, en mi comunidad, por lo menos, es uno de los mayores problemas. Conozco muchos chicos que consumen y también hay mucho narcotráfico. Otro problema que tenemos es el machismo; por ejemplo, he notado que en la universidad está mal visto que una mujer hable de sexo delante de un hombre, solo podemos hacerlo entre amigos; y hay otras ideas arraigadas, como que una mujer debe sentarse con las piernas cruzadas, nunca con las piernas abiertas. Te ven que si no te sientas bien, que los modales, que debes vestirte conforme a tu sexo: con vestido, maquillada, presentable, blusa, etc. Yo me

visto como me gusta, porque me importa mucho la comodidad. En los últimos semestres iba de *jean* y camiseta, y me decían que iba a la universidad con la ropa de casa, pero tenía materias tan pesadas y estaba tan cansada, que no tenía cabeza para ponerme más “femenina”. Después de todo, iba a estudiar, no a modelar.

A lo largo de mi vida he ido superando algunas problemas familiares. Por ejemplo, que mi mamá me tuviera a los 15 años; ahora que tengo 23, ella me dice que la he superado, porque no he tenido hijos. Con mi papá no me llevaba mucho porque era muy violento y tiene su humor marcado, pero años antes tuve la oportunidad de hablar con él y me dijo que estaba arrepentido, aunque yo no sé si debo creerle, porque tiene un machismo muy expreso, que es difícil de cambiar. También superé la experiencia de tener una pareja nociva, como la de mi abuela.

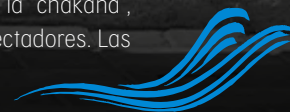
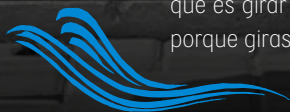




María

..... E S P E R A N Z A

Estar en un escenario es intimidante. El murmullo de la gente que no conoces y que te verá bailar se escucha claramente. Luego, cuando la música suena, solo piensas en la coreografía y el cuerpo baila por sí solo. Me gusta mucho hacer la “guaira” de la Costa, que es girar la falda en el aire como una rosa, y de la serranía me gusta la “chakana”, porque giras en ocho direcciones y puedes brindar una mirada a los espectadores. Las



canciones que más me gustan para bailar son el amorfino “Pa’casarse”, de Los Mentaos de la Manigua y “Tu sonrisa”, de Charijayac, principalmente por sus letras. La última dice: “Tu sonrisa me da esperanza, basta con una sonrisa para sentirme despierto”.

Formalmente bailo desde los tres años, pero mi primer recuerdo de estar en un escenario es de cuando tenía 13. En ese entonces, el escenario era el único lugar donde me sentía libre, pero no lo podía explicar con palabras. Ahora puedo decir que el baile es una forma de expresión, es libertad y también veo que mis compañeros sienten lo mismo.

A los 12 años comencé con el activismo. Estuve en un proyecto sobre trabajo infantil y esta situación me impactó mucho. Para entonces ya estaba en la danza y después se me ocurrió vincularla con el activismo. De ahí nació el proyecto Jóvenes al Rescate de la Identidad Cultural, porque me di cuenta de que a través del baile se puede enseñar liderazgo, autoestima, a tener confianza en una misma y a trabajar en equipo. Estos principios que se utilizan en la danza se pueden aplicar en la vida

Jóvenes al Rescate de la Identidad Cultural era un proyecto que iba más allá del activismo, también incluía la apropiación de nuestra cultura por parte de los adolescentes. Este proyecto logró ser acogido, por lo que tuve la oportunidad de viajar a Estados Unidos, con el programa Jóvenes Embajadores, donde me ayudaron a fortalecer y mejorar el proyecto para que fuera aplicable en mi comunidad. Cuando viajé, tenía 15 años. Era la primera vez que me subía a un avión. Después de las mentorías que tuvimos, hicimos que el proyecto fuera viable y estuvo en ejecución casi un año, lapso en el que trabajamos en las provincias de Santa Elena y Guayas, con 60 jóvenes en cada una.

Visitar Estados Unidos fue un suceso afortunado, me postulé impulsada por mi mamá, ya que el programa es para jóvenes de 15 a 18 años, pero en el momento de la aplica-

ción yo tenía 14, así que me sentía insegura sobre si debía hacerlo o no. Mi mamá me dijo que lo hiciera, que no tenía nada que perder. Mis abuelas, en cambio, creían que “la niña” no debía salir de la casa y todo esto era muy extraño para ellas. Cuando supieron que me habían seleccionado y que me iba a otro país, se llenaron de miedo, se preocuparon y se pusieron a llorar, pero con el tiempo se han acostumbrado a verme viajar.

Luego me fui a España y Chile, junto con otros líderes, dentro de otra iniciativa social. De mis tres viajes, algunas cosas me han llamado la atención, por ejemplo, en Estados Unidos no vi niños vendiendo en las calles, al contrario, estaban muy ocupados en distintas actividades: salían de la escuela, iban a cursos de natación, luego asistían a cursos de español y así se pasaban el día, llegaban a sus casas alrededor 21:00 o más tarde. Estos niños tenían que cumplir extracurriculares en la escuela, entonces los cursos que tomaban les ayudarían después. Eran niños que tenían 11 años y ya pensaban en la universidad. Los sábados y domingos pasaban con la familia, por lo que tampoco tenían mucho tiempo para jugar.

En España, en cambio, vi que unos niños estaban vendiendo en la calle, pero no pasó mucho tiempo y unos policías se acercaron a preguntarles dónde estaban sus padres, al contrario de lo que pasa en Ecuador, donde la mendicidad se ve con frecuencia. Entiendo que la situación en nuestro país ha cambiado un poco y, aunque no hemos erradicado ese problema, siento que hace seis u ocho años era peor, entonces sí han funcionado los programas que distintas organizaciones han planteado.

En Chile conocí a muchos adolescentes y los chilenos me parecieron muy alegres, mucho más activos y amigueros que los ecuatorianos. Sin embargo, ellos nos veían como muy respetuosos, en el sentido de que pedíamos permiso o tratábamos a las personas de “usted”. Allá la realidad no se aleja mucho de la nuestra. La privatización de las empresas





ha causado desigualdad, por ejemplo, una botella de agua fácilmente cuesta un dólar, así que es más conveniente tener una botella y rellenarla.

Ahora estudio Sociología en la Universidad Estatal de Bolívar. Es la carrera idónea para mí, porque puedo entender teóricamente el funcionamiento de los proyectos en los que he trabajado durante muchos años y cómo se vinculan con la sociedad y el comportamiento de las personas. Cuando empecé clases en el cantón todo era nuevo, me había mudado a la Sierra, donde es más frío, y tuve que acostumbrarme a la mezcla de español y kichwa. Mi mamá me acompañó un mes, pero cuando se fue tuve que vivir sola, entonces aprendí de mí, de mis tiempos, de cómo organizarme. Fue un inicio muy enriquecedor.

Estas experiencias han cambiado mi forma de ver el mundo y me han hecho querer trabajar más en mi activismo, porque he podido ver cambios positivos en mi familia y en mi entorno. Por ejemplo, mi papá aprendió a dejarme hacer, ya que antes tenía miedo de que las cosas se salieran de su control. De la misma manera, mi familia ha reaccionado de forma positiva y ha trascendido a los círculos de mi mamá y papá, ahora puedo hablar con mis tías, porque antes regañaban mucho a mis primas, les decían que debían realizar los oficios de la casa. Actualmente, mis tías dicen que necesitan dejar libres a mis primas para que exploren otros caminos. Mi prima es menor que yo y ahora veo que tiene la oportunidad de aprender muchas cosas nuevas.





Mirelyys

Nunca había pensado que la política podría ser una opción de vida para mí, pero ahora que estudio Sociología en la Universidad de Guayaquil, empieza a tener sentido que vaya por esa línea.

Yo pensaba que no tenía mucho conocimiento sobre política, que esta actividad no es buena y que se relaciona con la corrupción, y por eso asumía que no era para mí. Sin



embargo, en la universidad me di cuenta de que el activismo me había llevado hacia la política hace muchos años, ya que lucho por lo que creo, soy constante y tengo incidencia en lo que hago.

La educación es un tema que ha cambiado mi vida, pero con el entorno de la pandemia he tenido que adaptarme. En lo personal, no me gusta recibir clases por internet porque cuando tengo alguna duda es más difícil acercarme a los profesores y recibir una respuesta. Ahora tengo que mandar un correo o un mensaje, y a veces me responden, pero otras me dicen que no me pueden contestar hasta el siguiente día, y ha pasado que simplemente no me contestan.

Además, la educación en línea es un tema digno de análisis, porque la violencia contra la mujer ya se ha trasladado al ciberespacio. En esta problemática trabajamos en Conectadas y Seguras, un proyecto de Plan Internacional que se ha llevado a cabo a raíz de la pandemia del COVID-19. La virtualidad es un asunto que me preocupa mucho. Empecé a poner atención a este fenómeno cuando vi que mi hermana de 13 años tenía que estar conectada mucho tiempo, ya que tiene clases asincrónicas (es decir, que las puede tomar a cualquier hora del día). Esto la saca del contexto del aula

de clases y no tiene ningún encuentro con los docentes, por lo que puede ser presa de algún tipo de violencia. De la misma manera, mi situación fue incómoda al inicio porque yo estaba acostumbrada a madrugar para viajar y recibir clases. Ahora me toca madrugar y alistarme para estar frente a una computadora. Y las clases no son iguales, ya que dependen de la calidad del internet, a veces escucho el inicio y el final de la oración y no puedo tomar apuntes, también depende de que los profesores comprendan cómo funciona la tecnología y algunos no lo saben, solo se limitan a presentar diapositivas de PowerPoint y el resto de la información tenemos que buscarla en internet.

La vida es una sucesión de cambios y adaptaciones, esto ya lo había sentido antes, cuando viajé a Estados Unidos con el programa Jóvenes Embajadores, cuyo fin es cambiar la perspectiva de los jóvenes respecto a su realidad, para que se conviertan en agentes de cambio de las zonas donde viven y, por qué no, de todo el país.

Hay que adaptarse a las situaciones, incluso si todo es nuevo. Cuando estuve en Estados Unidos cuando pasó el huracán Harvey. Esa fue la primera vez que hacía una cuarentena y fue lindo porque compartí con mi familia, no



salíamos de visita, solo compartimos entre nosotros y jugábamos juegos de mesa. En la casa de al lado vivía otro joven embajador, y a veces nos visitaba y pasaba con nosotros. Lo bonito es que pude ver que la gente era solidaria y unida, mis padres de allá, junto con los vecinos, se organizaron para ayudar a la gente que estaba pasando días difíciles. Esa solidaridad me gustó mucho y me recordó a Latinoamérica, donde también hay solidaridad y unión cuando suceden situaciones difíciles, a pesar de las diferencias culturales.

Cuando miro atrás me da orgullo haber hecho todo lo que he hecho. Podría decir que me enorgullezco por haber ayudado en mi colegio, o por haberme graduado, o por ser una líder en mi grupo de danza, pero en realidad lo que más me llega es haber construido buenos recuerdos: mis amigos son como mi familia; la danza que practico es un arte que cambia mi mundo, porque me hace una persona más segura y más capaz; y, por último, he alcanzado grandes logros con el activismo social.

Por el Día de la Niña, fui vicerrectora de la Escuela Politécnica del Litoral (ESPOL), estuve en la toma de poder en la empresa Holcim y fui panelista en el lanzamiento del Movimiento Por Ser Niña. Creo que me he atrevido a hacer las cosas de formas un poquito diferentes y así, poco a poco, he ido abriendo nuevas puertas y conociendo nuevos mundos que han cambiado mi vida.

Después de tantos años de activismo, ahora soy independiente, libre y reconozco que soy capaz de cualquier cosa. Podría decir que soy una mujer empoderada y pensarlo me pone sentimental, porque no lo he conseguido sola, a mi lado ha estado mi mamá, que es una de las lideresas de la comunidad y siempre me ha enseñado que puedo hacer algo por los demás, y mi padre, que en su casa ha buscado que todos cumplan sus metas, que dice a su familia y amigos que las mujeres no deben hacer solas los quehaceres, porque los hombres también pueden.





Shirley

Plan Internacional ha estado para ayudarme a mí y a mi familia desde que tengo memoria. Yo entré a ser apadrinada en los proyectos de la Organización cuando tenía cuatro años. Mi padrino me enviaba cartas o postales y me mandaba algunos regalos, especialmente en Navidad. Un año después sucedió algo infortunado, cuando tenía cinco años, lo recuerdo bien, se quemó la casa de mi abuela y la ONG la ayudó a conse-

quir una nueva, porque una de mis tías era apadrinada y aún no había cumplido 18 años.

Durante la escuela, Plan International me dio una beca, con la cual mi mamá podía comprar mis útiles escolares y uniformes. Nos daban dinero en efectivo y ella entregaba las facturas. Así pude estudiar la escuela, así que yo me esforzaba por sacar buenas notas, hasta llegué a ser abanderada y me gradué con el mejor promedio.

Poco a poco fui conociendo las actividades que Plan International hacía en mi comunidad. Fui enterándome sobre el embarazo adolescente, el maltrato a los jóvenes y pude cambiar lo que vivía en mi propio hogar, ya que mi mamá tenía una filosofía de madre antigua, ella pensaba que se aprende con el golpe. Durante mucho tiempo, mi mamá nos castigaba por cualquier cosa, hasta que una profesora de la ciudad donde estudié tomó cartas en el asunto y le dijo que debía cambiar esas actitudes. Entonces, Plan International la invitó a un programa en el que le daban charlas sobre varios temas y, por suerte, eventualmente se dio cuenta del daño que nos estaba haciendo y corrigió su comportamiento. En lugar de castigarnos, hablaba con nosotros o buscaba otra forma, pero ya no nos pegaba. De alguna manera, entiendo a mi madre, porque a ella le tocó encargarse de nuestra educación y disciplina, porque mi papá se ausentaba durante varias semanas por su trabajo. Somos tres mujeres y un varón, yo soy la mayor, con 23 años, y la menor tiene tres.

Durante mi adolescencia integré un grupo de teatro llamado Manitas Pintadas. Se llamaba así porque en Plan International nos hacían pintar con las manos cuando éramos pequeñas y a mí me gustaba mucho esa actividad. El grupo nació con la intención de llevar nuestro mensaje a través de las obras que presentábamos. Explicábamos qué es el maltrato a las mujeres, el embarazo adolescente, el machismo... es decir, los problemas que se veían (y hasta ahora se ven) en mi comunidad. Queríamos cambiar la mentalidad de la

gente, que los hombres se dieran cuenta de que lavar un plato o barrer no les hace menos hombres, que más que una ayuda es una responsabilidad de pareja. Grabamos algunas escenas en diferentes partes de la provincia, en algunas obras teatrales y al final publicamos un CD. En los cuatro años que estuvimos activos, nos presentamos en Santa Elena y Playas. La gente esperaba cada viernes en el parque central para vernos, porque les hacíamos distraer. Luego nos felicitaban porque no es fácil aprenderse un guion, presentarse en un escenario y actuar sin miedo. A todos les gustaba lo que hacíamos y muchos nos preguntaban si aceptábamos nuevos actores. Cada día íbamos creciendo un poco.

Cuando tenía 16 años se terminó Manitas Pintadas. Había aprendido a expresarme en público y a defender mis argumentos. Al final sentí que pude incidir directamente en lo que mis abuelos y familia pensaban, en el sistema de creencias tan arraigado con el que crecieron.

En los últimos años, me gradué del colegio, ingresé a la universidad y estoy a un paso de graduarme como profesional de Ingeniería Agropecuaria. Estudié en la universidad porque un día, al salir del colegio, una técnica de Plan International me preguntó si quería seguir estudiando. Yo dije que sí, que ya tenía cupo porque me había exonerado del "prepo" y había pasado directamente al primer semestre. Después del papeleo de rigor, me dieron una beca por cinco años, con la que pude cumplir un sueño anhelado, que hubiera sido difícil de realizar porque mi papá no tenía los recursos necesarios para ayudarme. De todas maneras, estudiar no fue fácil. Tuve que mudarme a otra ciudad y conseguir un trabajo porque estaba sola y a veces me faltaba dinero. Pero ya puedo tachar este sueño de la lista, quedan muchos más por realizar.

Otro anhelo que he podido cumplir es emprender un negocio propio. Durante la pandemia, con mi enamorado encontramos una oportunidad para vender carne de pollo faenada.



Como podíamos ofrecer un mejor precio, tuvimos gran aceptación en la comunidad, además, realizamos entrega a domicilio. Con el paso de los meses, abrimos un pequeño local en mi ciudad, donde vendemos más productos y todos los días registramos ventas. Todavía somos dos personas y no hemos podido contratar a alguien más, pero no dudo que pronto podamos dar trabajo a otra gente. Ahora sé que no es necesario mucho dinero para invertir y siempre me repito que el que quiere, puede. Si uno cree en sí mismo puede salir adelante en lo que sea, aunque sea vendiendo piedras. Sin embargo, mantener un negocio no es fácil, a veces se tienen ventas bajas y hay que tener una mente positiva para afrontar esos días.

Nunca me olvido de lo que aprendí en Plan International, que podemos tener un mundo más justo si trabajamos en conjunto, que podemos hacer las cosas mejor de lo que las hemos hecho hasta ahora, que podemos vivir en armonía, sin opresiones ni sometimientos, con oportunidades para todos.

Ahora disfruto de todo, así sea una pequeña sonrisa de mi hermana, un consejo de mi mami o regar las plantas de mi jardín.





Lady

En mi colegio he podido ver que las cosas cambiaron por la fuerza del ejemplo y de la palabra. Las niñas empezaron a ser tomadas en cuenta en otras actividades en las que solo participaban los niños. En mi hogar han comprendido que no hay tareas exclusivas para hombres o para mujeres. Y de un tiempo acá he visto a mi papá lavando los platos o barriendo la casa. Mi meta es estudiar y ser el cambio en mi parroquia.



A mí lo que me ha hecho más feliz es ver lo que realmente estoy llegando a ser y cumplir. Yo he cambiado, antes era muy tímida, tenía bastante miedo, no congeniaba mucho con las demás personas.

Desde que entré a Plan International he conocido a muchas señoritas que son de varias localidades, he compartido con ellas y es muy bonito contarnos nuestras experiencias, ideas y conocer más a quienes me rodean, ya que de ellas he podido aprender. La confianza de los coordinadores me ha ayudado a romper barreras.

Una actividad que más me ayudó era la que nos decíamos las cualidades de la otra persona. Justamente comenzaron por mí y cuando dijeron lo que pensaban, cómo me veían, me motivó mucho. Fue algo súper importante que sea un trabajo en comunidad y con gente que yo conocía para vencer la barrera de la timidez.

Plan International me ha ayudado para tomar mis propias decisiones y estudiar lo que yo quería. Siempre nos dicen: "tienes que estudiar esto y para eso yo te voy a dar estudio".

Al principio mi papá me decía: "tienes que ser policía, tienes que entrar al curso de la Policía, porque eso es más rápido, es más fácil". Pero, tuve el valor de decir que voy a estudiar Agronomía. Mis papás son campesinos, agricultores. Siento que hacerlo, es estar cerca de mis raíces.

Plan International nos ha inculcado a crear nuestro proyecto de vida, pensar cómo nos veríamos dentro de un tiempo. Eso también me ayudó bastante a entender que puedo alzar mi voz, que puedo liderar, que puedo llegar a hacer grandes cosas desde estos talleres.

En los talleres he perdido el miedo y he podido ver que las mujeres tenemos oportunidades, que no solamente podemos ser madres, porque la sociedad muchas veces nos dice o nos inculca que solamente servimos para tener hijos.

En mi barrio querían que yo sea la presidenta, pero soy la secretaria. No acepté el cargo porque estoy con mis estudios. Desempeñarme en este cargo me hace sentir que los moradores tienen confianza en mí. Es bonito y enrique-



cedor porque la gente me ayuda a crecer y gano mucha experiencia.

Se podría decir que soy una lideresa, pero aún siento que me falta, porque el liderazgo es llevar a un grupo de personas por el camino que sea más factible para que puedan cumplir sus sueños; también es poder ser la voz de esas personas que son opacadas por miedos y temores o por las barreras que tenemos presentes. Esa, para mí, es una forma de liderar y creo que así puedo ayudar y levantar la voz de muchas personas que aún viven marginadas u opacadas.

Un buen líder debería escuchar a todos, trabajar en conjunto, no querer llegar a brillar solo, sino que brillen todos. El líder debe ser fuerte, creer en sí mismo y creo que debe tener bastante amor propio, para que pueda ayudar y querer a los otros y llegue a cumplir la gran meta que se ha propuesto.

En el Movimiento Por Ser Niña estamos involucradas personas a las que nos apasiona la igualdad; que nos gustaría ver una sociedad diferente, donde la balanza no esté hacia un lado; donde se encuentre una equidad entre hombres y mujeres y las oportunidades sean para todos.

Yo he visto experiencias negativas sobre equidad. Tuve una tía a la que muchas veces su marido la violentó, porque era machista. Siempre quería tenerla oprimida en su casa. Cuando yo era pequeña pude presenciar los moretones que ella tenía en la cara. Pero, ahora ella también ha cambiado, ya no es la misma que hace tiempo atrás.

Entre los problemas que afectan a las mujeres están el acoso, el maltrato, incluso los secuestros de muchas niñas que son violentadas, que las encuentran muertas o maltratadas... muchas veces estos casos son obviados, no son tomados con la debida responsabilidad. Para mi parecer, debemos trabajar mucho para solucionar estos problemas sociales.

En mi cantón también existe el problema del embarazo adolescente. Entonces, Plan Internacional y el Ministerio de Salud nos dieron bastantes talleres para que pensemos en las consecuencias que traería un embarazo a muy temprana edad.

Todo lo que vimos en las charlas y los talleres hizo que algunas cosas cambien. Por ejemplo, hubo casos en que una niña que salía embarazada no podía seguir sus estudios en la institución, porque la expulsaban y no podía seguir estudiando. Eso ha cambiado actualmente. Ahora, las autoridades apoyan a la niña si se dan estos casos, le aconsejan, le dicen que termine de estudiar, que siga adelante, que no se quede ahí y le dan la oportunidad.

Pienso que estos cambios de actitud se deben a lo que han visto las maestras con nosotras. Muchas veces se enteraban de las cosas que realizábamos, los talleres que hacíamos. Yo creo que aún puedo mejorar para inculcar a más niñas a que saquen lo que todas llevamos oculto, y muchas veces no podemos expresarlo. Quiero aprender más para ser, como dicen, el cambio dentro de mi parroquia.





Joel

A los siete años descubrí cuál sería mi vocación para toda la vida, fue en Magia Vacacional, un taller que Plan International organizaba para los niños de mi comunidad. Mis hermanos mayores, junto a otros voluntarios, impartían las charlas. Recuerdo que mi mamá me mandó al primer taller, yo fui más por obligación que por interés propio, pero al cabo de algunas horas me sentí enamorado de lo que hacían y cómo me



enseñaban de forma lúdica. Esa también fue la primera vez que tuve contacto con el teatro.

A mi mamá le gustaban estos procesos y les dijo a mis cinco hermanos (somos seis en total) que fueran. A ella siempre le interesó el aprendizaje, era autodidacta, y en su búsqueda de nuevos conocimientos salió seleccionada para una capacitación de Plan International. Llegó a ser capacitadora. Trabajó mucho por la comunidad: formó parte del grupo comunitario, del de señoras y creó el grupo de jóvenes San Gabriel, al que yo entraría años después. Mi mamá también fue emprendedora, hacía artesanías de zapán, cuya materia prima son las cáscaras de plátano y café, con las que hacía portarretratos y casas. Ella murió cuando yo tenía 17, y el legado que me dejó es la lucha comunitaria.

Conforme pasaba el tiempo me comenzaron a interesar los temas que tratábamos en los talleres de Plan International, hablábamos de los derechos de los niños, de los deberes, del acoso hacia las niñas. Hablar con un niño sobre sus derechos es valioso, ya que la vida es un poco dura cuando vas creciendo y uno debe tener grabado en su cabeza cuáles son sus derechos y responsabilidades, porque si llegas a sufrir un abuso, de poder o de cualquier tipo, si ya sabes cuáles son tus derechos te puedes defender.

Cuando cumplí 12 pasé al grupo de jóvenes de San Gabriel. Ahí me di cuenta de que tengo un don para el arte, por eso, a los 14 comencé a hacer de mimo en los vacacionales, luego fui payasito y después fui animador.

A raíz de eso, con mi hermano mayor entramos a talleres de teatro, en busca de una educación artística no profesional. Asistí a varios cursos y nació mi sueño de tener un grupo actoral.

Gracias al teatro he tenido varios reconocimientos, entre ellos el segundo lugar en un concurso organizado por el Consejo Provincial de Manabí, con una obra sobre la corrupción; también hemos participado en el Festival del Cono Sur, y hace poco ganamos un concurso para realizar un proyecto a nivel nacional llamado Arte Para Todos, con el Movimiento Escénico Chivas, que yo fundé y lo integramos cuatro personas. A través de este proyecto impartimos clases de teatro y generamos debate de todo lo que nos afecta como sociedad. Una parte de Arte Para Todos funciona como método de rehabilitación para las personas que consumen alcohol y otras drogas; y, a través de otro enfoque llegamos con nuestro mensaje a los niños de las escuelas del sector público. Les hablamos sobre política, maltrato, equidad de género, derechos sexuales y reproductivos. Lo bueno del teatro es que se pueden manejar los temas mediante juegos lúdicos. También he tenido la oportunidad de capacitar a los niños de Plan International a través de estas técnicas.

Siempre he creído que el arte es un motor que impulsa el cambio social, que posibilita que otras personas tengan nuevas posibilidades en su vida. He intentado formarme profesionalmente en esta área pero es un mundo difícil de





acceder y no cuento con los recursos económicos, las escuelas para actores están en las grandes ciudades, lejos de donde vivo. El teatro no es para ganar sino para crecer. Ahora tengo 22 años y con mi pareja tenemos una hija de tres meses. Mi hija se llama Amelia Victoria. Amelia lo escogimos porque era el nombre de mi mamá. Para ella espero un mundo en el que los patrones culturales negativos no afecten su vida, ya que todavía hay personas que piensan que las mujeres tienen que hacer eso, que tienen que hacer esto otro, solo por ser mujeres.

Este pensamiento lo he visto reflejado en mis amigos que están comprometidos o casados. A veces me dicen que salgamos y les digo que no porque tengo que hacer las tareas del hogar, como cocinar o lavar la ropa de la niña, y me contestan: “pero ¿eso no hace tu mujer?”.

Yo soy un chico que lava, plancha, se hace su comida, incluso cuando mi mamá estaba viva yo hacía esas cosas. No me avergüenzo de decir que hago los quehaceres domésticos. Mi mamá siempre nos crió con el pensamiento de que los hombres y las mujeres podemos hacer las tareas por igual y que tenemos los mismos derechos. A veces las historias que cuentan me impresionan, porque varios de mis amigos maltratan a las mujeres y les parece normal. Yo les intento explicar que eso no está bien, que el hecho de maltratarse y faltarse el respeto con tu pareja está mal. Sin embargo, son los patrones culturales con los que ellos se han educado, y no es su culpa, sino que entiendo su contexto y sé que así fueron educados por sus padres y ellos de los

suyos. Sé que ese círculo de la violencia no se rompe fácilmente y que en muchas ocasiones conlleva un proceso largo de aprendizaje y deconstrucción personal que no todos son capaces de realizar.

Es claro que nadie nace sabiendo, por eso es importante cambiar el sistema de educación para que los niños puedan aprender una nueva forma de ver la vida desde pequeños.

Sé que cuando Amelita esté más grande, la educaré de una buena forma, le hablaré sobre equidad de género, sobre todo para que ella continúe con el cambio que mi madre empezó y yo continué. Es una cadena que se ha formado para luchar contra los estereotipos y los patrones culturales machistas. Lo importante es hacer la diferencia desde uno mismo, porque hay personas que te van a escuchar y otras que no.

Ahora estoy estudiando Derecho, en el futuro quisiera defender a los sectores desprotegidos. Me veo en un cargo público importante, aparte de la escuela de teatro, como presidente del GAD parroquial o presidente de la Casa de la Cultura de Portoviejo, o alguien con una imagen pública. Cuando eres una persona reconocida tienes más influencia sobre la gente, y tu voz corre y llega lejos. Algunas personas me han dicho: “he estado pensando mal en esto y me abriste los ojos”. Aunque todavía no soy reconocido creo que sí he hecho un cambio importante frente a la sociedad que nos critica y nos juzga, por lo que ya he ganado algunas escaleras al cielo.





CONCLUSIÓN



Liderar ha sido un verbo y, sobre todo, un derecho para las personas adultas, en su mayoría para los hombres. Por esto, a lo largo de la historia se ha compilado las experiencias de los líderes. Sobre las mujeres lideresas, quienes han desafiado las normas y el deber ser, hay poco rastro. Además, cuando estas mujeres son niñas o jóvenes, el silencio es abrumador.

Este libro es el corrolato de ese silencio porque quienes hablan son ellas, las jóvenes mujeres que están liderando procesos en las comunidades más empobrecidas en Ecuador. También ellos, los jóvenes hombres que están aprendiendo a desaprender y a construir relaciones justas y horizontales.

Sus historias, tan diversas como sí mismas, nos cuentan cómo han cuestionado las normas socio-culturales, los roles de género y el trabajo impuesto; sobre las personas aliadas, papás y hermanos en varios casos; y sobre su lucha cotidiana por estar, decir y disentir en los espacios donde se opina y se toman decisiones.

Sus proyectos de vida han rebasado los límites de lo que se les había permitido desear. Muchas son las primeras de su familia en estudiar la universidad, lo que se ha convertido en un punto de partida porque aún les quedan muchísimas cimas por conquistar.

Sus vivencias enfatizan la importancia de ponerlas en el centro de todo proyecto, discurso y decisión y el poder que tiene cada una para transformar sus vidas y sus entornos. Es por esto, que seguimos trabajando para fortalecer su autoestima y resiliencia, para desarrollar su pensamiento crítico y reflexivo y para impulsar su empoderamiento desde que son niñas.

Elas lideran con autonomía y valentía. Elas se organizan e interpelan la desigualdad en el día a día. Elas, quienes se adscriben y potencializan luchas comunitarias e históricas, encienden las alarmas para identificar y romper con la violencia y la discriminación, las suyas, las de sus madres, sus compañeras y sus comunidades.

Este libro nos deja un aprendizaje vital: el mundo justo es posible porque ellas, junto con ellos, lo están construyendo. Como Plan Internacional Ecuador reiteramos nuestro compromiso para continuar impulsando sus procesos y creemos, que se debería multiplicar este tipo de esfuerzos para poder escalar a un nivel más amplio. El reto que nos queda, como sociedad, es cómo lograr avanzar con este tipo de iniciativas, para que un mayor número de jóvenes ecuatorianos logren una transformación integral; y así, generar más líderes y lideresas que multipliquen el impacto positivo de sus vidas en el país.





Por la niñez en Ecuador

